

COLECCION CULTURA

Cada número \$ 0.40

- 1-2—LORD BYRON. — *La peregrinación de Childo-Harold*. (Con un prefacio del Dr. Gustavo Gallinal). Un tomo de 250 páginas. 1940 \$ 0.80
- 3-4—SILVA (José Asunción). — *Poesías y Prosas*. (Prólogo de Miguel de Unámuo, Póstuma de Eduardo Zamacois y Notas de B. Sanin Cano). Un tomo de 240 pág. 1940.. " 0.80
- 5-6—DARIO (Rubén). — *Prosas Profanas y otros poemas*. (Con un prólogo de José Enrique Rodó). 1940. Un tomo de 180 páginas " 0.80
- 7-8-9-10—CHOCANO (José Santos). — *Selección de Poesías*. (Alma América, Fiat Lux, Oro de Indias y otras poesías). 1941. Dos tomos de 240 páginas " 1.60
- 11-12—NIETZSCHE (Federico). — *El origen de la tragedia o Helenismo y Pesimismo*. (Traducción de Pedro González Blanco). 1941. Un tomo de 180 páginas " 0.80
- 13-14—GUERRA JUNQUEIRO. — *Los simples*. Un t. de 170 p. " 0.80
- 10-17—LORD BYRON. — *Cain*. Poema dramático traducido en verso castellano por D. José Alcalá Galiano, (Prólogo de M. Menéndez y Pelayo y Notas sobre "Cain" por José P. Díaz). Un tomo de 200 páginas " 0.80
- 18—LORD BYRON. — *Manfredo*. Poema dramático. Traducido en verso castellano por D. José Alcalá Galiano. Prólogo de Juan Valera " 0.40
- 19-20—GARCIA MORENTE (M.). — *La filosofía de Henri Bergson*. Un tomo de 140 páginas..... " 0.80
- 21—BOUTROUX (Emilio). — *William James y su filosofía*. Prólogo de Eugenio D'Ors. Versión castellana del Dr. Mario Falcao Espalter " 0.40
- 22-23-24—GUYAU (Juan M.). — *Esbozos de una moral sin obligación ni sanción*. Traducción de Leonardo Rodríguez y Arturo Casares " 1.20
- 25—LANGEVIN (Paul). — *La física moderna y el determinismo*. Traducido por Fernando Carbonell " 0.40
- 26—WILLIAM JAMES. — *El problema de la conciencia ...* " 0.40
- 27-28-29—CICERON. — *Selección de obras* " 1.20

"LA BOLSA DE LOS LIBROS"

SARANDI 441 - MISIONES 1359
M O N T E V I D E O

118

EMILIO
FRUGONI

POEMAS CIVILES

1944



BIBLIOTECA "RODÓ"

EMILIO FRUGONI

POEMAS CIVILES



CLAUDIO GARCIA & CIA. — EDITORES

SARANDI 441 — MISIONES 1359

MONTEVIDEO

1944

PROPÓSITOS

Con la inquietud de una superior manifestación de cultura, nace en Montevideo, con universal destino, la BIBLIOTECA "JOSE ENRIQUE RODO", la que dará cabida, exclusivamente, en sus ediciones, a lo más escogido de las letras nacionales.

Abre sus rumbos hacia una finalidad de elevadas directivas, colocando por encima de toda solicitud utilitaria, un serio propósito espiritual y un noble afán de divulgación seleccionada, de los más calificados valores de la literatura uruguaya.

En todos los grandes centros intelectuales del mundo, donde el pensamiento realiza su alta función social; en todos los países, donde las letras, en sus distintas manifestaciones, fundamentan un valor civilizador y dan carácter de personalidad a la nación misma, existen organismos editoriales, — y algunos con carácter de institución pública, — dedicados exclusivamente a la difusión de libros de los escritores nativos más caracterizados y de mayor influencia en la cultura ambiente.

Y estas empresas de propagación bibliográfica, no sólo realizan una siempre beneficiosa misión educadora, quizá la más alta que comprende el concepto humano; no sólo vincula con facilidad de nexo al pueblo con sus pensadores, sabios, novelistas, dramaturgos y poetas, sino que, además, desprende fuera de fronteras, poderosas corrientes que contribuyen a dar perfil de prestigio a la fisonomía moral del país de origen.

Y nuestra república, que por glorioso destino es cuna de grandes hombres de letras — tanto, que sus obras han contribuido profunda y brillantemente a dar carácter al pensamiento americano, — requiere necesariamente y en forma organizada y de efectiva permanencia, una Biblioteca de escritores nacionales, los más notables y calificados.

Varias han sido las iniciativas de carácter editorial que han habido en nuestro país; pero indudablemente, fuerza es destacarlo, el más extraordinario esfuerzo en tal sentido es el realizado por CLAUDIO GARCIA y Cía., La Editorial LA BOLSA DE LOS LIBROS, que lleva

Novena Edición

ya impresos más de medio millón de volúmenes, correspondientes a ediciones de centenares de libros de distinto carácter y de autores de nacionalidad varia. Y el mismo espíritu animador de toda esa cuantiosa obra editorial, es el que mueve esta patriótica iniciativa dando vida a la BIBLIOTECA "JOSE ENRIQUE RODO", en cuyas ediciones, que serán mensuales, cabrán todas aquellas obras, ya publicadas o inéditas, cualquiera sea su tendencia, su carácter, su orientación literaria, filosófica, histórica, política, etc., y cualquiera su época, siempre que se ajusten a una máxima condición sustancial: que sean obras de selección, gratas al espíritu y al entendimiento, altas en concepto y en belleza, y, fundamentalmente, dignas del espíritu civilizador de la República.

LA DIRECCION.



POEMAS CIVILES

BIBLIOTECA RODÓ

de Literatura
e Historia

AUTORES
URUGUAYOS

EMILIO FRUGONI

Poemas Civiles



CLAUDIO GARCÍA & Cía. — EDITORES
CALLE SARANDÍ 441
MONTEVIDEO
1944

BIOGRAFÍA DE EMILIO FRUGONI ⁽¹⁾

Emilio Frugoni, líder del Socialismo uruguayo, poeta, publicista y orador de excepcional jerarquía, nació en Montevideo, de una prestigiosa familia burguesa y católica, el 30 de marzo de 1880.

Hacia 1900, ingresó en el Partido Colorado. Y fundó, a principios de 1901, con otras personalidades jóvenes, entre las que se contaba Rodó, el *Club Libertad*, para intentar la unificación de los grupos en que estaba dividido aquel bando tradicionalista.

Estalló la revolución de 1903, rápidamente conjurada. Frugoni actuó en ella como ayudante de Muniz. Sobrevino, en seguida, la guerra civil de 1904. Frugoni, que a la sazón era estudiante de abogacía, volvió a intervenir, esta vez como teniente del Batallón de Guardias Nacionales que comandaba D. Antonio Bachini. Participó en distintas operaciones militares y combatió, en la defensa de Salto, contra las fuerzas del caudillo nacionalista D. Abelardo Márquez.

Desencantado del tradicionalismo, convencido de que sólo una política de ideas podría salvar al país, dió, a comienzos de 1905, un paso trascendental, que definió su destino: se incorporó a las filas del Partido Socialista, virtualmente constituido en el Uruguay desde 1895.

El Socialismo había sido hasta entonces, en nuestra tierra, un ideal abstracto e ingenuo. Frugoni lo convirtió en una fuerza viva, adaptándolo a las condiciones peculiares de la realidad vernácula, identificándolo con el alma de un pueblo, con sus necesidades inmediatas y con sus sentimientos profundos. Cumpliendo esa tarea, Frugoni no sólo sirvió los intereses partidarios: asumió, de hecho, un

(1) Damos, a continuación, una biografía sumaria (no obstante, hasta hoy, la más completa), de Emilio Frugoni.

papel de significación histórica, puesto que ha sido, desde 1905 a nuestros días, *el gran educador de nuestra democracia*. Porque si el Partido Socialista no pudo desalojar a los grupos tradicionales ni competir con ellos por su volumen (hasta hoy reducido), contribuyó, bajo la sugestión de Frugoni, a modernizarlos por emulación no siempre reconocida; a interesarlos, forzada o forzosamente (como se quiera), en los grandes problemas sociales, excitándolos, con el ejemplo, al desarrollo de una acción más avanzada. El día que se apacigüen las pasiones políticas y haya espacio para la historia en nuestra patria, se valorará el papel principalísimo que Frugoni ha desempeñado en la evolución espiritual y material de la República. Por lo pronto, directa o indirectamente, sus propios adversarios lo han admitido o proclamado en diversas ocasiones: v. gr., el Dr. Mateo Legnani, en 1927, cuando confesó, desde las columnas de "El Día", que, aunque los proyectos de Frugoni fuesen "más completos", "no convenía prestigiarlos", puesto que tal cosa hubiera significado un perjuicio para el batllismo. ("La política es así", agregaba francamente) ⁽¹⁾. En el mismo sentido, pero en términos más elevados, se expresó el Dr. Eduardo Rodríguez Larreta, en el discurso que pronunció en el paraninfo de la Universidad el 17 de diciembre de 1943: "Como les ocurre a menudo a los precursores que no recogen el fruto de su obra sino a través de sus discípulos, a Frugoni le ha pasado que, mientras él se ha quedado con su partido, incorruptible, como dijo el Dr. Prando, sus ideas han hecho camino, sus sueños se han transformado en nuestros sueños, arrojando sus simientes en muchos de los hombres y en muchos de los partidos del país; en muchos de los hombres que a menudo repetimos, tal vez sin saberlo, las ideas que hemos recogido de sus labios o que hemos extraído de sus libros; y en muchos de los partidos que las han incorporado a sus programas...". "...Podemos decir que sus ideas repartidas y difundidas por los ámbitos del país... han impreso un sello indeleble a la evolución del pensamiento nacional. Si los partidos políticos se

⁽¹⁾ Véase "Socialismo, Batllismo y Nacionalismo", folleto de Emilio Frugoni, pág. 45.

modernizan, si la ciudadanía uruguaya siente los problemas sociales que antes ignoraba y si los hombres públicos vibramos con emoción semejante a la de él, es en buena parte porque la palabra del Maestro ha entrado en nuestros corazones y nos ha abierto los ojos sobre el sufrimiento humano". "...Porque cuando el Maestro se va ⁽¹⁾ y los discípulos pululan por uno y otro lado, unos reconociéndose como tales y otros negando que lo son, pero siéndolo al fin de cuentas, puede decirse, entonces, que su obra queda aquí permanente, indeleble, y que ella se hará sentir y tendrá eficacia imperecedera en la vida de la República". "...Un día, cuando podamos con orgullo colocar en alto la bandera de la armonía social y de la paz perenne, el nombre de Frugoni estará estampado en la base". ⁽²⁾

Difícil resulta resumir, en pocas páginas, una vida tan móvil y compleja como la de Frugoni. Referidos sus orígenes, recorramos ahora, a grandes pasos, las principales esferas en que ha explayado su actividad, invariablemente inspirada por un sueño de belleza o un ímpetu constante de amor apostólico; puesta siempre al servicio del bien público, en el plano de la creación, de la cultura y de la lucha social.

La Poesía

Poeta por vocación y por destino, Frugoni ha publicado diez obras que abarcan un período de cuarenta y cuatro años: desde "Bajo tu Ventana" (1900) y "De lo más Hondo" (1902), prologada por José Enrique Rodó, hasta "La Elegía Unánime" (1942) y los "Poemas Civiles" (1944). En la *Guía bibliográfica* y en la *Antología crítica*, incorporadas al presente libro, se considera y valora este aspecto capitalísimo de su personalidad.

⁽¹⁾ Alude a la partida de Frugoni para Rusia.

⁽²⁾ Véase "El País", diciembre 18 de 1943.

La Prosa

Se distingue la prosa de Frugoni por la fluidez y riqueza de su desarrollo, la densidad del pensamiento, la noble fulguración de las imágenes, la agilidad de la materia documental, el chispeante desembarazo de la ironía y de la intención satírica, la segura y vigorosa expansión afectiva. Es una prosa que nace, con características idénticas, de sus labios en el curso de la improvisación oral (rara vez impremeditada), o de su mano en los urgidos garrapatos de la pluma sobre el papel. Lo que dice al hablar, nada pierde al ser leído (exceptuada la preciosa dicción con que directamente lo comunica); y lo que escribe, por su parte, puede ser dicho sin dificultades para el auditorio. Por lo tanto, su prosa, hablada o escrita, es siempre espontánea y clara, sin mengua de su jerarquía estética ni de su natural hondura. De allí que en sus obras se sucedan, muchas veces, artículos y conferencias, discursos y ensayos sin que padezca la unidad literaria del conjunto.

Entre sus libros y folletos (citados en la *Guía bibliográfica*), cabría recordar especialmente "Los impuestos desde el punto de vista sociológico" (1915); "El trabajo nocturno" (1916), uno de sus más grandes discursos; "Los nuevos fundamentos" (1919), obra de consulta obligada; "La Sensibilidad Americana" (1929); "La mujer ante el derecho" (1940), etc.

El Periodismo

Desde su adolescencia, ha sido Frugoni periodista. Se inició, hacia 1896, en la revista universitaria "Los Debates" (en la que dió a luz, además, sus primeros versos). Dirigió luego una larga serie de publicaciones: "El Bombo" (1898), bullanguera revista estudiantil, de fatídico nombre y divertidas caricaturas, en la que alternaba su firma con el seudónimo de *Imulio Ergonif*; "La Revista Nueva" (Arte, derecho y ciencias sociales), cuya dirección compartió con Agustín A. Musso (1902); "El Socialista" (1906); "El Espíritu Nuevo" (1908); "El Socialista" (1911-1915); "Justicia" (1919-1921);

"Germinal", revista socialista (1921-1922); "El Sol" (1922-1939); "El Socialista" (1940); "El Sol", segunda época (1940-1943); "Afirmación", *revista de ideas e ideales* (1941-1942).

Colaboró, también, como cronista teatral, en "Diario Nuevo", hacia 1906; y en "El Día", entre 1908 y 1911, bajo el seudónimo de *Urgonif* (anagrama de su nombre), con que sustituyó el de *Ergonif*, puesto al pie del primer artículo. Es particularmente memorable el *folletín teatral* que consagró a la memoria de Sánchez con motivo de su fallecimiento y que recogió en "La Sensibilidad Americana".

Podrían ser mencionados todavía otros periódicos y diarios en que dió curso a su vena periodística: entre ellos, "La Razón", en que publicó una serie de artículos titulados "Pido la palabra" (1919), e "Imparcial" (1927). Actualmente, desde el extranjero, remite a "El País" interesantísimas crónicas de viaje.

La Oratoria

Durante cuarenta años de infatigable milicia ciudadana, Frugoni dictó centenares de conferencias y discursos. Es uno de los grandes oradores que ha tenido América. En sus notables aptitudes, apenas han hecho mella los años. Concierta con la invención rápida y original, la palabra fácil a la vez que castigada, difluída en vastos y numerosos períodos. En sus discursos, la doctrina es abundante y clara; la exposición, ceñida, pero sin rigidez ni apremio; plástica y asidua, la imagen; inagotable, la fuerza para la comunicación del sentimiento; expeditivo, el donaire. Completa esos privilegios con adecuadas cualidades físicas: su persona respira una austeridad sin estiramientos; su acción es precisa y sobria; y su voz, magnífica, está dotada de armoniosas y flexibles potencias. De allí su éxito: tanto en los salones frecuentados por las exigentes minorías intelectuales, como en la plaza pública, donde comulga con el alma de las multitudes proletarias.

La Docencia

Desde junio de 1905 hasta octubre de 1907, siendo todavía estudiante de derecho, fué Auxiliario sustituto de Literatura en la Facultad de Enseñanza Secundaria; luego, profesor, de la misma materia, desde abril de 1908 a diciembre de 1910.

En el interin, concluyó su carrera de abogado (el 12 de mayo de 1910, pocas semanas después de la muerte de su padre, D. Domingo Frugoni, fallecido el 31 de marzo).

Más tarde, entre marzo de 1926 y marzo de 1933, fué catedrático de Legislación del Trabajo y Previsión Social, en la Facultad de Derecho, cuyo decanato asumió, después de ser proclamado por los estudiantes, el 18 de marzo de 1932. Cuando Terra, el 31 de marzo de 1933, dió el golpe de estado, Frugoni ensayó, acompañado de universitarios y obreros, en la casa que simboliza el culto de la ley, una resistencia ejemplar, pero inútil: el 1º de abril, la policía desalojó a los que intentaron estimular con un rasgo magnífico el civismo de la República y Frugoni fué deportado a Buenos Aires el día 3.

En la Argentina, invitado por el Dr. Penco, decano a la sazón de la Universidad de La Plata, dictó en las aulas de esa casa de estudios, ese mismo año, un curso sobre marxismo.

Durante su destierro, los estudiantes uruguayos, en el memorable banquete del Hotel Pocitos, resolvieron que presidiera el acto desde su silla vacía. Vuelto al país, en circunstancias que a continuación estableceremos, renunció a su investidura de decano (para ocupar en el Parlamento la banca que lo restituía a la patria), el 15 de mayo de 1934 en un acto solemne, y donó a la Biblioteca de la Facultad los sueldos que correspondían a sus trece meses de exilio. Su gestión en el decanato fué realmente admirable. Dijo el Dr. Eduardo Couture en el discurso que pronunció en el paraninfo de la Universidad el 17 de diciembre de 1943: "Su saludo a los alumnos al asumir el decanato, fué un modelo de afecto, de persuasión y de autoridad. Sus luchas por el concurso para la designación de profesores, sus escritos solicitando autorización para realizar obra de

extensión universitaria llevando a los estudiantes de derecho hasta los locales obreros, sus programas de estudio, sus tesis sobre el régimen de exámenes y de promoción: todo lo que él allí dijo, hizo y pensó quedó grabado en los anales de esta casa, tan indeleble como sus piedras, tan significativo como sus mármoles".

En setiembre de 1934, en oposición con los Dres. Scoseria y Lussich, fué elegido presidente de la Asamblea del Claustro.

La Acción Parlamentaria

Frugoni es uno de los dos o tres parlamentarios más completos y eminentes que ha tenido el país.

Nadie ha sido más activo que él durante las legislaturas en que le tocó trabajar, ya solo, ya con uno o dos compañeros, como representante de un partido pequeño cuyos reducidos contingentes no guardan proporción con el prestigio popular y la honda simpatía de que disfruta, en gran parte por la personalidad de su *Uder*. Ese prestigio, que todavía no ha encontrado en las urnas su natural correspondencia, se debe sin duda al vigor con que la tradición agrupa en dos bandos al pueblo uruguayo, desde los tiempos de la emancipación; sin contar con las ventajas que benefician a las colectividades políticas numerosas, a quienes la seguridad del triunfo y de la participación en el gobierno añade siempre considerables núcleos de opinión.

En 1910, decretada la abstención por el Partido Nacionalista, tras el fracaso de la "*chirinada*" de octubre con que se intentó impedir la reelección de Batlle como presidente de la República, ocurrió el caso singular de que la representación de la minoría quedase al alcance de los partidos políticos pequeños, ya que entonces la deficiente ley electoral sólo daba entrada en el gobierno a las agrupaciones que obtuviesen en los comicios la mayoría y la minoría mayor.

Como los católicos resolvieron concurrir a las urnas para ganar las bancas de la minoría, el Partido Socialista y el Partido Liberal acordaron una alianza para enfrentarse con aquéllos. Y constituyeron la "Coalición liberal-socialista". Presentaron como candidatos a los

doctores Pedro Díaz, Emilio Frugoni y Carlos Vaz Ferreira. En las elecciones del 18 de diciembre, con 894 votos, vencieron a los cívicos. Díaz y Frugoni ingresaron en el Parlamento.

Así, Frugoni fué diputado por primera vez, cargo que desempeñó entre 1911 y 1913, de acuerdo con la plataforma electoral que el Partido Socialista estableciera (Tal plataforma entrañaba una novedad sin precedentes en la vida política de la nación).

Después de un viaje que en 1915 realizó a Estados Unidos (acompañado de su madre, D. Josefina Queirolo de Frugoni, y de su hermana, Flora), fué elegido, siempre en representación del Partido Socialista y conjuntamente con Celestino Mibelli que ocupaba el segundo lugar en la nómina de candidatos, para actuar en la Asamblea Constituyente que funcionó en los años 1916 y 1917.

En 1919, el Partido Socialista conquistó dos bancas en el Parlamento. Frugoni, diputado por segunda vez, actuó dos años en compañía de C. Mibelli. En 1921 renunció, a raíz de la escisión de su partido provocada por las *Veintiuna Condiciones*.

Frugoni prefirió, con la minoría de sus compañeros, quedar fiel a los postulados de la *Segunda Internacional* Y lo sustituyó en el Parlamento su camarada D. José M. Bazzurro.

El Socialismo, momentáneamente quebrado por el cisma, fué vencido en los comicios de 1922 y 1925, en los que no alcanzó el cociente electoral. Pero, Frugoni, elegido diputado por tercera vez en 1928, tuvo una extraordinaria participación en la legislatura comprendida entre 1929 y 1931.

En las elecciones de 1931, aquel partido, en firme ascenso, logró dos bancas que ocuparon Emilio Frugoni y Líber Troitiño. Iniciada la legislatura (para Frugoni la cuarta de su vida parlamentaria), el *Uder* obrero presentó renuncia el 14 de marzo de 1932, cediendo su puesto al Dr. Manuel Seoane, para asumir, como queda referido, el decanato de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. Tras el golpe de marzo, según vimos, fué desterrado. El 19 de abril de 1934, por la voluntad de su pueblo que lo eligió diputado por quinta vez, pudo regresar a la República después de trece meses de exilio. La dictadura, interesada en dar un barniz legal a la situación, no se

atrevió a impedir su retorno, ocurrido el 15 de mayo. Después de renunciar al decanato, Frugoni asistió el 18 de mayo, en compañía de Líber Troitiño, a la Asamblea General. El dictador Terra, que se había hecho reelegir para presidente de la República, debía, de nuevo, prestar juramento. En el instante crítico, desafiando la furia del celoso concilio oficialista, Frugoni descerrajó estas palabras sobre el jurador recalcitrante: "—Ese juramento no es válido porque el Dr. Terra no cumple lo que jura. ¡Perjuro!". Y supo resistir a pie firme la embestida de la jauría parlamentaria que lo agredió para hacer méritos en presencia del autócrata demudado.

Frugoni fué, durante esa legislatura (de 1934 a 1938), el magnífico vocero de la oposición: fulminante en el apóstrofe y en el manejo de la ironía o de la sátira ⁽¹⁾, exacto y valiente en la denuncia y en la crítica sistemática del régimen de marzo. Nunca, como entonces, se vió en nuestro país tanta potencia, eficacia y denuedo, en una gestión parlamentaria. Frugoni se bastó para dominar los

(1) Para ilustrar un aspecto de su vida parlamentaria, el relacionado con su ingenio y su ironía rápida y temible, ya proverbial, vamos a narrar dos anécdotas.

En cierta ocasión, un señor diputado, famoso por su opacidad mental y sus devociones "nazi-marcinas", interrumpió a Frugoni, que hacía una crítica implacable de hechos y actitudes vinculados con la fracción política a que el citado señor representante pertenecía:

—"El Dr. Frugoni da una en el clavo y cien en la herradura".

Y el diputado socialista, con relampagueante naturalidad, le contestó:

—¿Y qué culpa tengo yo, si Vd. se mueve?"

En otra oportunidad, un diputado, que corría parejas con el de la herradura (no muy afortunado, a pesar de todo, por cierto), en el curso de una disertación agría y absurda, plagada de sandeces y agravada por un aire de suficiencia irritante, exasperaba y aburría.

De pronto, Frugoni, serenamente, lo cortó con gesto admirativo:

—¡Vd. es un león!

El interpelado, sorprendido, no sabiendo si agradecer o recelar, le interrogó:

—¿Por qué me lo dice, Dr. Frugoni?

Frugoni, despiadado y fulminante, repuso:

—¡Porque es el rey de los animales!

debates y confundir de continuo con la verdad, el desprecio y el ingenio a la clientela del dictador.

En las elecciones de 1933, el Partido Socialista pudo elevar a tres el número de sus diputados. Y junto a Emilio Frugoni ⁽¹⁾, representante por sexta vez, actuaron el Dr. José Pedro Cardoso y D. Liber Troitíño. La legislatura caducó casi tres meses antes de su término legal, por el golpe de estado que dió, el 21 de febrero de 1942, el Gral. Alfredo Baldomir, presidente de la República.

El Socialismo, que repudiara el golpe de estado del 31 de marzo, consecuente con sus principios, condenó, aunque salvando las distancias, el del 21 de febrero. Normalizada la situación del país, aquel partido decidió que, para las elecciones de 1943, Frugoni encabezara exclusivamente la lista de candidatos al Senado, pero sólo obtuvo una diputación, la que ejerce actualmente el Dr. José Pedro Cardoso.

Así se consumó, por los azares de la política, una injusticia lamentable. Cuando el país salía de la ilegalidad en que lo mantuvo virtualmente durante diez años el régimen de marzo, Frugoni quedaba al margen de la vida parlamentaria en la que se aprestaba a reaparecer como senador. Había sido durante esos dos lustros, la figura máxima de la oposición nacional y, no obstante, la ciudadanía que lo admiraba, solicitada por complejos intereses, no sancionó, como era de esperar, la magnitud de su abnegado magisterio cívico.

En los dieciséis años que, aproximadamente, comprende su vida parlamentaria, Frugoni desarrolló una labor excepcional, crítica y constructiva, acordada a un programa de acción en ascenso constante.

Sus proyectos, cuando no fueron sancionados, sirvieron indefectiblemente de base, por secreto estímulo o sorda emulación, a la mayoría de los que formaron nuestra avanzada legislación social.

(1) Había sido proclamado, también, por los grupos opositores que acordaron la concurrencia a las urnas, candidato a la presidencia de la República.

Imposible resulta, en breve espacio, dar una idea de esa labor ⁽¹⁾. Limitémonos a citar sus proyectos sobre consejo de salarios, trabajo de mujeres y niños, trabajo nocturno, represión del alcoholismo, impuesto progresivo al nudo valor territorial, ley de ocho horas ⁽²⁾, igualdad jurídica de los sexos, jubilaciones generales, creación de escuelas, semana inglesa, entrada de refugiados españoles, jornada de siete horas y semana de cuarenta horas, viviendas obreras y, finalmente, entre otros, el de *reforma agraria*, con el que podría resolverse uno de los más importantes problemas nacionales.

La Diplomacia

(El viaje a Rusia)

A fines de 1943, reanudadas las relaciones del Uruguay con la U.R.S.S., se entendió que, para subrayar ese trascendente paso, era

(1) Debe también recordarse la extraordinaria participación de Frugoni en la Asamblea Constituyente (1916-17). El *Ilder* socialista recogió los principales discursos en "*Los nuevos fundamentos*" (1919), sobre el voto secreto, los derechos políticos de la mujer, la ciudadanía de los extranjeros, el concepto de una constitución, la supresión del Senado, la supresión del veto concedido al Poder Ejecutivo, la fórmula de un Ejecutivo pluripersonal (frente a la del Ejecutivo bicéfalo), la autonomía municipal, etc.

(2) Desde 1895, el Socialismo, año a año, agitó la reivindicación obrera de la jornada de ocho horas, como puede comprobarlo el que hojee sus periódicos: "*El defensor del obrero*" (1895), "*El grito del pueblo*" (1896), "*La voz del obrero*" (1896-1905).

Batlle, en 1906, presentó un proyecto en que no comprendía a los empleados del comercio ni a los obreros del transporte. En 1911, casi a la vez, Batlle y Frugoni presentaron sendos proyectos en que universalizaban las ocho horas para el comercio e industrias urbanas; pero el de Batlle no incluía las tareas del campo, mientras que el de Frugoni establecía para ellas la jornada de nueve horas. Posteriormente, el diputado socialista presentó su proyecto sobre jornada de siete horas, atento a la incesante transformación del maquinismo y de las condiciones de trabajo.

preciso recurrir a una personalidad tan importante como la de Frugoni a fin de que representase al país ante aquella heroica nación; y fué designado Ministro Plenipotenciario del Uruguay en Rusia. La ciudadanía le tributó un extraordinario homenaje en el Salón de Actos Públicos de la Universidad, el 17 de diciembre de 1943.

Partió de Montevideo, el 5 de febrero de 1944. Cruzó el Atlántico en un barco mercante; desembarcó en Gibraltar; y luego, por vía aérea, tras breves estadas en Argel, el Cairo y Teherán, llegó a Moscú, donde presentó sus credenciales ante el presidente Kalinin el 13 de mayo de 1944.

Allí comienza, a los sesenta y cuatro años de edad, su labor de acercamiento y de estudio.

Aguardemos, mientras madura el nuevo mensaje del hombre y del apóstol.

Conclusión

¿Su vida íntima? Carecemos de espacio para internarnos en ella. Ascética y sencilla, está en consonancia con el carácter del hombre, llano, casi ingenuo en la cotidiana comunicación afectiva. Recordemos, al menos, sus dos grandes amores: la madre, D. Josefina Quirolo de Frugoni, fallecida el 19 de abril de 1923; y la compañera abnegada, que siguió desde la raíz de cada día su lucha de siempre, María Rosa Barreto, a quien conoció en 1905 y a quien lloró muerta el 9 de marzo de 1942.

R.



GUÍA BIBLIOGRÁFICA

I) Poesía

- 1) 1900: "*Bajo tu ventana*" (Poesía). Montevideo. Imprenta artística de Dornaleche y Reyes. 1 foll. de 16 páginas.
- 2) 1902: "*De lo más hondo*". Prólogo de J. E. Rodó. Montevideo. Talleres de A. Barreiro y Ramos.
- 3) 1907: "*El eterno cantar*". Montevideo. O. M. Bertani. Editor.
- 4) 1916: "*Los himnos*". Montevideo. Imprenta y casa editorial "Renacimiento".
- 5) 1923: "*Poemas montevidéanos*". 1ª edición: Montevideo (El Siglo Ilustrado). 2ª edición: Vol. 57 de "Los poetas". Biblioteca de la Editorial Claridad, Buenos Aires. Sin fecha.
- 6) 1925: "*Bichitos de luz*". Montevideo. Editorial Apolo.
- 7) 1927: "*La Epopeya de la Ciudad*" (Nuevos poemas montevidéanos). Maximino García: Editor.
- 8) 1936: "*La Canción Humana*". Ediciones de la Sociedad Amigos del Libro Rioplatense. Montevideo - Buenos Aires.
- 9) 1942: "*La Elegía Unánime*". Introducción por Roberto Ibáñez. Editorial Losada, S. A. Buenos Aires. Impreso en El Siglo Ilustrado, Montevideo.
- 10) 1944: "*Poemas Civiles*". Editores: Claudio García y Cía. Montevideo.

Además, la Editorial Apolo publicó, en 1924, "*Versos de Emilio Frugoni*", pequeña antología de poemas pertenecientes a "*De lo más hondo*", "*El eterno cantar*", "*Los himnos*" y "*Poemas montevidéanos*".

Finalmente, con el título de "*Canti di fede*", el Sr. Folco Testena tradujo al italiano veinticinco poemas de Frugoni, algunos inéditos (como "Torri d'avorio", cuyo original hoy ve la luz en los "Poemas civiles"); la mayoría, correspondientes a los libros publicados hasta entonces. Hay, también, un soneto vertido por Filippo Turati. El libro se abre con un "Saluto" de Turati y una "Noterella" del traductor. (Atlantide. Casa editrice in Nervi. Genova. 1925).

II) Prosa

A) Libros

- 1) 1915: "*Los impuestos desde el punto de vista sociológico*". Biblioteca del Centro "Puntearesano". Montevideo. Talleres gráficos *Renacimiento*. (En "Afirmación", N° 3, julio de 1941, fué anunciada, con el título de "Los impuestos desde el punto de vista social", una nueva edición, que no se hizo).
- 2) 1919: "*Los nuevos fundamentos*". Principales discursos pronunciados en la Asamblea Constituyente (1916-17). Maximino García, editor. Imprenta Elzeviriana, Barcelona.
- 3) 1929: "*La Sensibilidad Americana*". (Dos partes: la primera está constituida por trabajos encaminados "a la formación de una conciencia estética continental"; la segunda por breves ensayos sobre autores nacionales y dos artículos sobre Barrett y France). Editor: Maximino García. Montevideo.
- 4) 1934: "*La Revolución del machete*". (Proceso de la dictadura de Terra y el régimen de marzo). Editorial Claridad. Buenos Aires.
- 5) 1936: "*Ensayos sobre el marxismo*". (Cuatro, en total: "El determinismo del hambre", publicado en la revista "Humanidades" de la Universidad de La Plata, a raíz de fallecimiento del biólogo Turró; "El factor espiritual

en el materialismo histórico" y "Los fines ideales en la concepción materialista de la historia", conferencias dictadas en las aulas de la Universidad de La Plata, en 1933; "La máquina es un formidable factor directo de la evolución histórica", contestación a una encuesta del diario bonaerense, "Crítica", abril de 1933). Editores: Claudio García y Cía. Montevideo.

- 6) 1940: "*La mujer ante el derecho*". (Sobre la igualdad jurídica de los sexos: páginas sueltas, un proyecto parlamentario del año 1939, un informe legislativo y varios discursos). pretativa). Editorial "Afirmación". Montevideo.
- 7) 1941: "*El laborismo británico*". (Sinopsis histórica e interpretativa). Editorial "Afirmación". Montevideo.
- 8) 1944: "*Las tres dimensiones de la democracia*". (Recopilación de artículos diversos). Editorial Claridad. Buenos Aires.

B) Folletos

- "*El trabajo nocturno en las panaderías*". (Conferencia pronunciada en el Ateneo. Versión taquigráfica). Ediciones del Centro Socialista de la 2ª y 3ª. Montevideo. 1916.
- "*El Socialismo*". (Conferencia dictada en el Ateneo en un acto organizado por el "Centro Cultural Liceo Nocturno"). Ediciones de "El Sol". Sin fecha.
- "*El socialismo no es la violencia, el despojo ni el reparto*". Sin fecha.
- "*Qué es y qué quiere el Partido Socialista*". Manifiesto. Sin fecha.
- "*Lucha contra el alcoholismo*". (Versión taquigráfica). Conferencia radiotelefónica patrocinada por el club "Juventud" de la Liga Nacional contra el alcoholismo. Montevideo. 1927.
- "*Socialismo, Batllismo y Nacionalismo*". (Recopilación de artículos periodísticos). 64 págs. Ediciones socialistas. Talleres "Apolo". Montevideo. 1928.

"*Jubilaciones obreras*". (Conferencia de extensión universitaria, dictada en el "Centro Protección de Chauffeurs"). Editorial "Apolo". Montevideo. 1928.

"*La lección de Méjico*". (Versión taquigráfica de dos conferencias dictadas en el salón de actos públicos de la Universidad). Tipografía "Augusta". Montevideo. 1928.

"*El viaje de Terra ante la Asamblea General*". (Discurso parlamentario. Agosto de 1934). Ediciones del Partido Socialista. Montevideo.

"*El reavalúo del oro*". (Discurso parlamentario). Ediciones del Partido Socialista. Montevideo. 1935.

"*En defensa de la libertad de Prensa*". (Discursos de los diputados socialistas Liber Troitíño y Emilio Frugoni). Agosto de 1935. Ediciones del Partido Socialista.

"*El nazi-fascismo en la enseñanza*". (Dos discursos parlamentarios). Publicaciones de la Oficina de Prensa de la "Comisión pro congreso de periodistas libres". Montevideo, 1938.

"*Mensaje a la juventud*". (Discurso pronunciado en el teatro "Mitre"). Montevideo. 1940.

Habría que agregar a la lista precedente innumerables discursos parlamentarios que pueden encontrarse en los *Diarios de Sesiones* (Años 1911, 1912, 1913 y principios de 1914; 1920, 1921 y 1922; 1929, 1930 y 1931; 1932; 1934, 1935, 1936, 1937, 1938, 1939, 1940, 1941 y 1942); los discursos pronunciados en la Asamblea Constituyente en 1916 y 1917 (muchos de ellos recogidos en "*Los nuevos fundamentos*"); los editoriales políticos de los órganos socialistas que dirigió desde 1906 a 1943; polémicas, conferencias, cartas, crónicas, manifiestos y sueltos, dispersos en diarios y revistas de nuestro país y del continente (1).

R.

(1) El Sr. Jerónimo Cleffi proyecta la publicación de un folleto titulado "Bibliografía parlamentaria del Dr. Emilio Frugoni", en el que establecerá todas las intervenciones (proyectos, discursos, debates, etc.), del líder socialista, desde 1911 a 1942.

ESTAMPA

Allí está en su mesa de trabajo. La noche desciende y su mano atareada recorre las cuartillas aún. No ha buscado esa hora escondida por puro refinamiento. Su jornada ha sido laboriosa, íntegra, sin un hueco estéril. Pero él aleja el reposo y sostiene sus nervios en un haz encendido; golpea su entraña, y exige a la tranquila muerte del día un minúsculo espacio más, un resquicio de su gastada flor para extraer con indeclinable voluntad la última gota de su precioso vino...

Allá va por las calles amadísimas de su Montevideo mil veces cantada. Su andar es firme y sin premuras. Va erguido, sin endurecimiento, y lleva alta la cabeza que ennoblece una luz cada día más blanca. Dos o tres amigos jóvenes que llegan hasta su eminente corazón con respetuosa confianza, un poco empujados todavía por el resplandor que cñe a los maestros, escoltan a veces su marcha hacia la "Casa del Pueblo", toda llena de su presencia siempre, aunque doloridos mares abran como en estos momentos voces enlutadas entre nosotros y su franca sonrisa. En otras ocasiones son los viejos amigos quienes le acompañan, los que tienen la raíz de las barbas en el aire secreto de otro siglo y le han visto crecer en cuerpo y alma, levantar un día sobre otro, limpios, maduros, colmados, sin concederse fatigas ni renunciadas, atento al minucioso acaecer de su pueblo, auscultando el dolor del hombre, mirando hacia todos los rincones oscuros y alzando su justiciera voz sobre las gargantas enmudecidas por el oro. Alla va, seguro de su fe, rodeado de ayeres y mañanas, a dejar su diaria semilla en la luz fraternal de su "Casa del Pueblo".

Aquí está sobre la tribuna callejera dando tormentosos aletazos a sus palabras. Es necesario que escuchéis, obreros: vosotros, los

que sudáis sobre la tierra ajena, comiendoos las manos sobre el hierro; vosotros, los que nunca habéis dicho ¡mía! a la más humilde raíz del trigo; vosotros, los que arreáis hermosas bestias, con pie desnudo y hambreado cuerpo; los que hacéis circular el río caliente de las ubres; los que desprendéis el mullido vellón; los que acarreáis el grano límpido, los que removéis el rocío, los que pulís las manzanas, los que hacéis espumar las vides; los que domáis el potro, los que multiplicáis los panes, los que entráis en la tormenta para sacar del agua las redes hirvientes; los que cruzáis campos y ríos, los que abris el desierto, los que enlazáis ciudades, aldeas, montañas y bosques; ferroviarios, chóferes, aviadores, escuchad; los que abatís árboles, los que producís el fuego; labradores, maquinistas, obreros, escuchad: el mundo os pertenece. Vosotros movéis el mundo. Reclamad el agua que habéis alzado, para vuestra sed; el pan que habéis dorado, para el hambre de vuestros hijos; el techo que habéis construído, para guareceros.

Así dice: de su voz se derrama el temblor verdadero que sacude al hombre encogido en los agujeros de la sociedad humana, al despojado en medio de la trilla, al desnudo que abraza la blancura de los algodoneros, o los húmedos haces del lino, o las pieles de rizo abundante. Así dice, y su palabra no será en vano.

Cargado de tesoros espirituales, de los que se acrecientan con el don generoso de cada día, sumando al canto de amor el himno heroico; a la cancioncilla juguetona, el apóstrofe encendido; al tratado social, la crítica de arte; poeta múltiple y escritor desvelado, lo hemos visto ahora, una vez más al servicio de su país, tomar el azaroso camino de la Rusia lejana, arrojando con joven gallardía los peligros y trabajos de su misión. Ha realizado un largo y fatigoso viaje y se encuentra ahora en el corazón de aquel pueblo de amarga alegría que ha levantado el más tormentoso muro de sangre, el más fiero ademán de libertad contra la locura guerrera que desquicia a

Europa. Allá ha llevado él su inquietud fecunda, su vigilante mirada que ha de extraer sin duda el secreto limpio, el puñado de verdad que nutren tantos millones de hombres (los que dicen haber alcanzado el más alto equilibrio en la justicia). El verá de donde sale el fuego que los mantiene unidos en un solo clamor de coraje; el soplo que los arrebató brazo contra brazo para custodiar su trigo, para detener al hierro sucio sobre el cual ya ha crecido de nuevo la nieve. El hallará la enorme fuerza necesaria para el extremo rendimiento de su misión. El mirará para ver, medirá al hombre; estudiará el clima de su conciencia, observará la evolución de una raza milenaria que ha dado el mayor vuelco social de la historia. Investigará el mecanismo y los procedimientos que mueven aquella formidable máquina viva y seguros estamos de que su juicio ha de ser el más equilibrado, el más sincero y el más agudo.

Pidamos al laurel un renuevo luciente para su retorno a la patria.

S.

POEMAS CIVILES

INTRODUCCIÓN

Presentamos un nuevo libro de Emilio Frugoni. Lo componen trece poemas, pertenecientes a épocas distintas: publicados, algunos, en revistas y periódicos; la mayoría, inéditos.

Los relaciona la nota social, que les presta, pese a la variedad de sus temas y a los momentos discontinuos en que nacieron, trabazón innegable.

Roberto Ibáñez, en el prólogo a "La Elegía Unánime" (Editorial Losada, 1942), afirma que el acontecer literario de Frugoni, en nuestro medio, es "el que de modo más sorprendente se acuerda, en pasmosa simbiosis, con su acontecer humano". Señala Ibáñez, sin embargo, la complejidad de la poesía frugoniana, en que coexisten el tono "delicado y contráctil" de la elegía, con el expansivo y atlético de la oda civil; y, junto a la efusión o a la sístole lírica, la potencia pictórica (en el cuadro geórgico o urbano) y la actitud profética, la definición militante, "tributaria — muchas veces — de la elocuencia, en que la poesía desiste".

Por lo tanto (y ceñimos nuestras conclusiones al juicio de Ibáñez), Frugoni, poeta de natural munificencia, prefiere, por temperamento y por voluntad, al rigor que castiga la abundancia, la fluencia espontánea, el íntegro y desnudo temblor humano. Su vocación de belleza fué siempre ajena al claustro de marfil, torreado de nubes. Con el corazón a la intemperie, modula el canto íntimo o da voz vengadora al dolor de los hombres. Espíritu orfeónico, alterna en su obra el himno y la elegía (en ocasiones, los confunde); la grave admonición y el sabroso humorismo; la anécdota y la esencia; el verbalismo romántico y la plástica precisión realista de sus pinturas campesinas y ciudadanas.

Dos maneras, en síntesis, se equilibran en la personalidad de Frugoni: la del poeta social y la del poeta íntimo.

Las composiciones que hoy ofrecemos corresponden a la primera, con una sola excepción, aunque no falte en ellas, a veces, la directa nota confidencial.

Han sido reunidas bajo el título de "Poemas Civiles". No todas, sin embargo, entran en esa categoría, estrictamente. Pero el sentimiento civil, el del hombre como ciudadano o miembro de una colectividad, disciplina la noble sustancia de estos cantos: el poeta actúa como intérprete de un grupo social, sustraído a las tentaciones voluptuosas de la torre de marfil, entregado a la heroica tarea de edificar los destinos unánimes, de socializar (fiel a su apostolado) el privilegio de su numen, convirtiéndolo en la antena sagrada que recoge el clamor de los desposeídos, hambrientos de pan, de libertad y de justicia.

La poesía civil siempre encontró en la voz de Frugoni cauce espacioso y seguro, especialmente a partir de "Los Himnos" (1916), cuyos versos frecuenta, entre un jadeo de banderas populares, el soplo mesiánico en que se empuja el porvenir. En los "Poemas Montevideanos" (1923) y en "La Epopeya de la Ciudad" (1927), el poeta, siempre solicitado por la inquietud de un mundo más justo, endulza y abrevia la mirada para contemplar la realidad inmediata, el mundo en que vive, la ciudad en que sueña y combate, su Montevideo, si fiel a la beatitud de su pasado, incoercible y tumultoso en su expansión hacia el futuro.

En "La Canción Humana" (1936), la inspiración civil comparte con la divagación sentimental y el sueño íntimo, las ricas latitudes del canto. Aun en "La Elegía Unánime" (1942), "se cumple, como dice su prologuista, la más dramática y viva concordancia del poeta y del aedo: del que da cuerpo delicado y melódico a su propia conciencia y del intérprete amoroso y profético de la conciencia colectiva".

Estos "Poemas Civiles", en los que el intérprete de la conciencia colectiva reaparece, descubren — no obstante la preeminencia de la materia social — la personalidad de Frugoni en sus rasgos esenciales; y forman — pese a sus orígenes diversos — una totalidad homogénea, en la que, sin exceso, sobresalen por sus valores "Torres de marfil", "El canto del destierro", "Monólogo de un pescador de caña", "A la plebe gaucha" y "Nueva oda antigua a la libertad".

Procederemos a un análisis del conjunto, para verificar, a la vez y en consecuencia, su carácter representativo, por un lado; y, por otro, la cohesión de las partes, sorprendente si se consideran las fechas dispares que les corresponden.

Frugoni define su posición ante la poesía, con el excelente canto inicial, "Torres de marfil", cuyos viriles alejandrinos conmueven los cimientos huraños de las celdas ebúrneas, para que los dioses reclusos encuentren, en la "humana tarea", su justificación y su gloria.

En el segundo poema, "En pie", aunque sin tanta dicha expresiva, suma a la del poeta, contenida en el canto precedente, la profesión de fe del hombre: sólo el que lucha vive; y se lucha de pie; tenderse equivale a morir.

"Un poema para nuestro drama" y "Canto del destierro", son el poderoso testimonio del poeta y del hombre que ejemplificaron con solidaria dignidad militante la actitud de la auténtica ciudadanía uruguaya frente a la vergüenza del golpe de estado que agravó, en 1933, los blasones de nuestra democracia. Y estas dos composiciones, insistimos, nos dan — completando el ciclo de "La Canción Humana" — la imagen del patriota.

Hallamos a renglón seguido "La oda al hombre vulgar", en que Frugoni exalta las vidas oscuras, firmes y tenaces en la faena mínima con que edifican la grandeza aparente y cuya sana vulgaridad prefiere el poeta a la del vulgo distinguido. Rigen, para ésta y otras composiciones del libro, las palabras con que Federico de Onís, en su difundida "Antología de poetas españoles e hispano-

americanos", juzga un sector importante de la poesía de Frugoni: "Pertenece de lleno a esta época (la de los poetas postmodernistas que esbozan una reacción hacia el prosaísmo sentimental), por su atención a la vida cotidiana y la expresión deliberadamente prosaica".

Sobreviene, luego, a modo de intermedio humorístico, "El monólogo de un pescador de caña", del que ha dicho Ibáñez: "Es una especie de moderna y cazorra égloga piscatoria, en que el primitivo y ejecutivo acechador de las aguas, cede su puesto a un pescador de caña, manso ejemplar humano, si los hay, Narciso utilitario, de excelente apetito y lisa conciencia, capaz de especulaciones desinteresadas y pruebas sobre la estética de la paz y la crueldad del hombre, sin que por ello sienta comprometida la seguridad de su almuerzo. Hay, no obstante el humor con que el poeta se explaya, un fondo de sincero epicureísmo, un inocente goce de vivir en la gracia de la naturaleza y en el sosiego del corazón. El poema se ajusta a un movimiento acompasado, que desenlaza, con súbito regocijo, la cauta interjección del último verso. Tiene aciertos formales y virtualidades poéticas de eminente jerarquía".

En "El canto de los desocupados" y en "Crisis", el terrible quebranto social y económico que el mundo capitalista experimentara a comienzos de la década anterior y que había de pesar en los dramáticos acontecimientos contemporáneos, cobra duro relieve. La protesta llega eficaz y diáfana a todos los oídos, con evidente preterición de las calidades poéticas, diezmo forzado del artista al apóstol.

"La lección del desierto" es un cuento simbólico. El relato, vívido y ameno, se dilata en monocordes cuartetos alejandrinos. Librados en la pericia del lector, creemos conveniente no limitar la exégesis del poema con una tesis personal. Queremos prevenir, sin embargo, contra el aparente pesimismo que emerge de esta lección. El poeta sólo niega lo que debe ser negado; no excluye, sugiere, la posibilidad de una conducta nueva, que no fie sino a sí misma la solución de los destinos individuales o colectivos. Y no continuamos, porque comprometeríamos con nuestra opinión lo que cada uno puede elucidar por sí propio.

Inmediatamente, en dos vastos poemas, "A la plebe gaucha" y "El rancho", Frugoni vuelve los ojos al terruño.

Fueron escritos hace unos treinta años: Carlos Roxlo, en 1916, los cita y comenta en su absurda "Historia crítica de la Literatura Uruguaya". Inauguran un tipo nuevo de poesía folklórica, en que lo descriptivo, trasubstanciado en lirismo, fundamenta un enérgico alegato social, de linaje revolucionario.

En el primero, el poeta reconcilia y concentra la fuerza vengadora del apóstrofe y el suave temblor de la elegía, para evocar la figura heroica y lamentable del gaucha, su grandeza y su servidumbre.

El libertador de ayer es el paria de hoy
 ("... un paria que hemos de libertar,
 un esclavo errabundo ¡pobre libertador!...); menos
 libre que el potro rendido a su destreza
 ("Tú no tienes siquiera la libertad del potro

que domas, con peligro de muerte, para otro"); siervo en las tierras que redimió; hambriento y despreciado en la paz; sin otra alegría que la "feroz fiesta de sangre" con que los amos espolean sus instintos guerreros y lo explotan, de nuevo, emborrachándolo con una divisa: entonces, proletario de la guerra

("En la guerra, héroe anónimo, héroe de chiripá,
 mueres sin que ninguno tu martirio lamente,
 y si no mueres, nadie luego se acordará
 de ceñirte siquiera un laurel en la frente").
 Hundido en el pasado, víctima del Progreso
 ("Domador de baguales no domas tu destino"),
 muere sin saber por qué muere:
 "ciego en la idolatría de históricos cintillos",
 o vive, miserable y sombrío
 ("Para ti no es la carne del ganado que cuidas:
 para ti es el ayuno, y el dormir en el suelo,
 y son las vestimentas sumarias y raídas
 y el alcohol asesino como todo consuelo...), sumido en
 su abyección y en su angustia, que la guitarra adormece.
 Un día, sin embargo, oirá la revelación que el viento de
 las ciudades le cantará al oído. Y se pondrá de pie.

En este poema, la nota folklórica se funde vigorosamente con la inspiración civil y el sentido profético. Si el verso, a veces, se aproxima a la prosa, salva esos escollos la efusiva y vibrante emoción del poeta.

"El Rancho" está situado en la misma línea folklórico-

revolucionaria: Frugoni canta la vivienda del gaucho, insegura, mísera y apocada como la vida de su habitador.

Cierran el libro dos odas en que el poeta ajusta (como en la primera parte de "La Elegía Unánime"), la cuerda civil al diapasón tremendo de la hora. La guerra solicita — más allá de los cielos, campos y mares en que dibuja su presencia de fuego y fragor — la militancia de todos los hombres porque la suerte de todos los hombres está en juego.

La "Oda a una ciudad invicta" es el homenaje de América a la ciudad heroica que contuvo, en la hora crítica, el aluvión de la barbarie. Londres, sola entonces, levanta en esas estrofas su frente, ensangrentada, pero libre; y en esa frente leen los hombres la promesa definitiva de un porvenir humano.

"Nueva oda antigua a la libertad" tiene un ritmo mayestático y grave. El poeta invoca como a un numen a la Libertad, que los grandes aedos del Romanticismo exaltaron. Y canta:

"Sus himnos te envolvían en una nube de oro
que el relámpago hendía con sus tajos de fuego".

Pero la Libertad, divinizada, descendió un día para vivir entre los hombres. Y se tornó "vulgar" y sencilla". Y fué despreciada. Y hubo quienes le escupieron el rostro y la abandonaron, postrada.

Pero pronto los hombres sintieron el castigo de su ausencia. Y hoy la levantan para siempre:

"Ya en tu defensa acuden formidables legiones.

Ya el mundo arde en la hoguera de una lucha sin freno.
Ya en tu honor hacen salvas de muerte los cañones...
Ya tu voz llena el alma del siglo, como un trueno.

.....

Otra vez resplandeces en los viejos altares,
mas son hombres del día los que caen a tus plantas,
Y el amor que te ofrendan suena como los mares,
que son eternamente nuevas, en sus gargantas".

Y este culto de la Libertad, asegurado con el amor y la sangre de todas las criaturas, "sobre todo en América" tendrá un templo: en América, "con los campanarios de sus montañas épicas"; en América,

"donde son los flamígeros volcanes, incensarios,
y voz de órgano sacro el marino tumulto",

Con las restantes estrofas, la imagen se completa armoniosamente. Pero reparemos en los dos versos que acabamos de transcribir. Uno es de estirpe clásica (recuerda los de Quevedo: "En tus exequias, encendió el Vesubio — Parténope, y Trinacria el Mongibelo"); el otro, es un prodigio de música sabia y sugestiva.

Este poema, que tiene momentos de auténtica grandeza, corona el volumen.

"Poemas Cíviles" es un libro que — pese a las diferencias cualitativas y temáticas de las composiciones que lo integran y de sus orígenes, ya establecidos — posee una recia unidad. Y creemos haberla evidenciado.

Hay en todos los cantos, una idéntica actitud frente a la vida y frente al arte (con una excepción, si se quiere, más aparente que real): el poeta, exclaustro de la torre de marfil, con entraña generosa y convulsa, da voz, sucesivamente, al dolor de la patria, afrentada por el despotismo; a la tragedia de los desheredados, que consumen sus vidas defraudadas en la ciudad y en los campos; a la conciencia del continente, por fin, frente a la más ardua lucha de la historia.

R.



POEMAS CIVILES

TORRES DE MARFIL

Abandonad las torres de marfil ¡oh poetas!
La gran voz de los tiempos necesita profetas
que la hagan penetrar en el alma del mundo
llevando a todas partes su sentido profundo.

¿Qué hacéis encastillados en vuestra aristocracia
de gustos y maneras, en la exquisita gracia
de vuestras expresiones que el pueblo no comprende,
y en la serenidad excelsa que no ofende
ningún grito brotado de la viviente entraña:
clamor de multitudes o trueno de montaña?

¿Qué hacéis entre los fríos muros de una retórica
que os mantiene bloqueados en medio de la histórica
marea de elementos y de acontecimientos,
sordos a los clamores que transportan los vientos?

Al pie de vuestra torre de marfil se detiene
fatigado un corcel que desde lejos viene
conduciendo en su grupa a la impaciencia humana...

A sus muros arriba lenta la caravana
de angustias seculares que el desierto recorre.
Desmontan los jinetes; llaman; pero la torre
permanece en silencio, hacia el azul tendida
como en un gran esfuerzo por huir de la vida...
¡Oh, las ebúrneas torres aisladas e impasibles
que se alzan como vanos ensueños imposibles,
entre el ronco tumulto de las actividades
que llenan con su ritmo campiñas y ciudades!...
Son como la osamenta de literarios fósiles
brillando al sol; o en medio de las olas indóciles
de los tiempos actuales, mástiles adheridos
a barcos para siempre bajo el mar sumergidos,
y que sirven tan sólo para que su fatiga
algún ave deponga, como un huevo, y prosiga...

Salid de vuestras torres; descendad a mezclaros,
¡oh ególatras marmóreos, "decadentes" y raros!,
con la gente que cumple sus misiones normales,
y el polvo del camino que alzan sus pies mortales.
No temáis el contacto del vulgo diligente.
Internaos en la vida, como proas, de frente.
En el limo fecundo hundid bien vuestras manos
si queréis, como dioses, forjar seres humanos.
Los vientos de la vida con un bramar hostil
circundan y amenazan las torres de marfil,

ataúdes ebúrneos donde están encerrados
hombres de una remota era, momificados.

Los vientos de la historia pasan ante su puerta
y siguen su camino, al no encontrarla abierta,
sin dejarles la carga de polen y simientes
que traen de las selvas sus alas impacientes.
Las olas de la humana inquietud se renuevan
en incesante asalto a esas torres, y elevan
más altas que sus cúspides ilógicas, su espuma
que concluye envolviéndolas en un limbo de brumas.
¿Qué hacéis allí enclaustrados? Salid, pues, hacia el mar
con las velas al viento, prontas a navegar...
Son tiempos de combate éstos en que vivimos.
La historia está de parto. Los que al trance asistimos
apartar no debemos las manos de la herida.
¡Aunque nos enrojezca con su sangre la vida!

¡Torres ebúrneas! Torres que encarnan el orgullo
del esteta anacrónico en medio del murmullo
universal, del vasto jadeo del taller
donde se está forjando todo lo que ha de ser.
¡Peñones de soberbia o islotes de molicie
que surgen como obstáculos sobre la superficie,
Bastillas olvidadas de voluntarios presos
que ignoran o desdeñan los humanos progresos;
refugio de enfermizos seres paradójales
que vagan en perennes nubes artificiales,
de su seno se escapa y flota en derredor

de podre y de sepulcro un repugnante hedor!
A los diarios embates cede su fortaleza,
dejando libre el paso al sol de la belleza;
mas si alguna resiste y no se precipita,
los nuevos ideales serán la dinamita
que sus cimientos últimos aviente a barrenazos,
 para que al fin se vea,
mientras vienen al suelo los muros en pedazos,
que los dioses son hombres en humana tarea
y que por algo tiene también la lira, brazos.

1925.



¡ EN PIE !

Los hombres, corazón,
somos ríos en pie sobre la tierra.
Ríos que van saltando
sobre riscos y breñas
y de pronto se hunden
en el fango y la arena.
Ríos en pie, tiramos
al cielo el agua densa
de nuestras inquietudes
alegrías y penas
para caer un día
tumbados en la tierra
y correr arrastrándonos
como sierpes morenas
hacia el mar de la muerte

que al final nos espera.
Ríos son nuestras vidas
que van al mar. Poeta,
río eres tú que cantas,
río eres tú que penas.
El caudal de tus ondas
va contigo en tus venas.
En él se espeja el mundo.
En vertical esperas.
En vertical te bates,
¡y en vertical te mueras!
Que un penacho de espuma
en tus bríos florezca.
Si te horizontalizas
habrás muerto de veras.



UN POEMA PARA NUESTRO DRAMA

El Uruguay me duele
como a Unamuno España.
En esta hora de tinieblas
que nos castiga con la sed del alba.

Hemos ido cayendo
por el flanco de una montaña
y en vano fué el asirnos piedra a piedra
con las manos ensangrentadas.
Tal vez nos han faltado
para aferrarnos, garras,
y aun más que garras nos habrían valido
alas.

Alas para librarnos del oprobio
de pisar una tierra encenegada
en la que atiborrándose y gruñendo
se revuelcan las piaras.

Y para remontar en un titánico
impulso hacia la clara
cumbre donde podríamos al menos
desplegar a los vientos toda el alma.

Hoy vivimos alzando nuestros muertos
sobre nuestras cabezas ante el ara.
Su recuerdo se crispa en nuestro espíritu
como un puño que airado se levanta.

Su sombra nos envuelve como túnica
de Neso, y nos tortura y nos desgarrar.
Transformemos su sombra en una tea
con nuestra propia llama!

El Uruguay me duele
como un remordimiento y una llaga.

1935.



EL CANTO DEL DESTIERRO

I

Crudas realidades,
golpes en el fino cristal del ensueño,
tropel de inquietudes y de tempestades,
espadas que cortan de un tajo mi empeño.

Corrientes que en medio de la mar detienen
el barco de velas al sol desplegadas,
invisibles puños que el brazo retienen
y rinden los remos a las marejadas.

Pájaros sombríos de duda y tristeza
que mi frente a ratos hacéis doblegar,
¡levantad el vuelo sobre mi cabeza
y, mientras aclara, dejadme cantar!...

II

Urbe trepidante que sobre su lomo
de asfalto y de hierro me lleva al acaso,
terrible elefante de color de plomo
por entre una selva que cruje a su paso.

Puerto que su férreo ejército despliega
de grúas, hangares, vagones, arpones,
ante una teoría de naves que llega
a frotar sus flancos en los malecones.

Anchas avenidas que entre altos palacios
unen horizontes, cargadas de ruidos,
Ciudad de los grandes espacios
donde se hacen garras los cinco sentidos.

Trenes subterráneos que la noche hienden
del subsuelo, en recios ímpetus elásticos.
Torres de Mercurio que en la sombra encienden,
casi entre las nubes, castillos fantásticos.

Paseo de Julio, suciedad y hampa
al margen de un largo tendal de jardines;
emporio de vicios plebeyos, y trampa;
hervor de tenduchas y de cafetines.

Puerto Nuevo, barrio de hombres sin trabajo
—¡Oh sórdida Villa Desocupación!—
donde se oye el ronco bramido de abajo
y se ve en los puños una admonición.

Palermo, una gloria de árboles profunda
y suntuosa, isla de calma en el mar,
donde el alma errante de ensueños se inunda,
pero se entristece ¡Dejadme cantar!

III

Visión de la tierra cercana y lejana,
que abre sobre el vasto río una ventana
por la que me llegan frialdad y brumas.
Pájaro nocturno que cada mañana
me deja en las manos al irse las plumas.

Uruguay que fuiste sosegado asilo
de las libertades de América en días
en que te era dado contemplar tranquilo
cerca de ti el drama de las tiranías.

Islote de luz en un piélago oscuro.
Ésa fué — pequeño país — tu grandeza.

Habla tu recuerdo de un vuelo inseguro
que cortó un venablo con torpe certeza.

Hay sangre en la flecha que cortó tu vuelo.
Hay muertos caídos al pie de tu altar.
Sus trágicas sombras vagan por tu suelo
y hasta que amanezca no han de reposar.

Desde el horizonte hasta mis ojos vienes
reclamando rayos para tanta afrenta
y he de ver que un día ceñirá tus sienas,
corona de cárdena luz, la tormenta.

IV

Aires de mi Patria que venís trayendo
cargas impalpables de un peso tremendo
para hacer mis fuerzas profundas flaquear:
¡No apaguéis la viva llama en que me enciendo!
¡Dejadme, dejadme cantar!

Buenos Aires, junio de 1933.



ODA AL HOMBRE VULGAR

Hombre vulgar, prosaico,
que no sabes de esculturales gestos;
ignoras la plástica moral de los arrestos
y eres en el mosaico
de la especie, la piedra más opaca.
Hombre simple y oscuro
cuyo perfil borroso no destaca
ni un rasgo ni una línea
del gran montón anónimo, y no obstante
bajo el destino duro
revelas un alma bronceína
y una voluntad perseverante.
Hombre modesto,
ocupas en la vida

un ignorado puesto;
vida desguarnecida
de toda luz, pequeña
y metódica vida
que silenciosamente desempeña
su misión necesaria.
Eres un héroe reactivo
al laurel. Tu ordinaria
existencia circula
en el hueco invariable de su espacio,
lejos de toda lírica estridencia:
no sabe de lirismos tu existencia.
Eres resistidor como la mula.
Mas nadie reconoce la importancia
de tu trabajo, y eso que tus manos
sin elegancia y sin arrogancia
realizan en afanes cotidianos
con abnegación invisible
y con mecánica insistencia
la obra que hace posible
la humana convivencia.

Tú en el taller, guiando
la máquina o blandiendo
las herramientas, vas canalizando
el latido tremendo
de la naturaleza, y vas haciendo
la gran casa de todos,
la vida con sus múltiples facetas

y sus distintos modos.
Te ignoran los poetas,
pero te necesitamos todos.

Yo te veo en los puertos
pululantes de trabajo,
moverte en una nube de faenas,
de arriba para abajo,
de abajo para arriba,
desde la estiba al muelle,
desde el muelle a la estiba,
entre las formidables antenas
de los guinches potentes,
atravesando el ríspido tumulto
de las actividades urgentes,
curvado, casi oculto
bajo el peso de los sacos deformes,
depositando en los hangares
las mil cosas vulgares
que reclaman las gentes,
con tus manos enormes.
Yo te veo en las tiendas
y en las áridas sendas
del comercio, con sus tumultuosos emporios;
o en la calma burócrata
de los escritorios.
Te veo
en los barcos, que evocan
el mito de Anteo,

pues cuando en tierra tocan
es para recobrar
fuerzas e impulsos
con que hendir el mar.
Te veo en las sentinas
y entre las máquinas propulsoras,
ante las hornallas devoradoras
de carbón; en las jarcias
donde el viento se enreda
como en una arboleda
de intrincado ramaje,
y entre el abigarrado pasaje
sobrellevando el gris hastío
de los forzados ocios,
que disuelven tu brío;
pensando en tus miserias
o en tus negocios
bajo el gotear de las horas iguales.
Y te veo en el campo, entre los animales
que cuidas y arreas.
Cuando el pasto acarreas,
semejante a una hormiga
que tiembla bajo el peso de su carga.
Te veo descansar de tu fatiga,
con expresión amarga,
entre los tuyos, sin hablar siquiera.
Te veo en todas partes, donde quiera.
Tú llenas el espacio
de la vida, hombre útil.

Tú eres el vulgo inmenso,
inmenso como el mar, que es una inmensa
muchedumbres de olas. Voy suspenso
de tus secretas ansias, tras tu paso.
—Ese hombre que encontramos al acaso
siente y piensa. ¿Qué piensa?...

En ti, hombre oscuro,
hay una oculta luz, una imprevista
poesía hecha de prosa.

Tus virtudes
sin poesía valen la poesía
del mundo. No tienes inquietudes
espirituales, pero en cambio tienes
dolores sin grandeza, sin belleza y sin voz,
¡nada más trágico!
Hombre vulgar que vas y vienes
en tu trajín insustituible,
paso a paso te sigo;
luego en tu mesa con tu pan comulgo.
Hastiado estoy del vulgo irredimible
de los que no son vulgo,
¡y te bendigo!

y no concibo el gozo
de las sañudas gentes
cuando aciertan en los blancos vivientes.

Me agrada la pechuga
de la perdiz y el pato,
y me los como a veces con lechuga
si alguien me los coloca sobre el plato,
pero los quiero bien y no los mato.

Aquí sentado al borde
del río, me reflejo
en sus ondas, acorde
con la tranquilidad de mi aparejo
que se duplica en el movible espejo.

Yo estoy en una punta
y en la otra punta el alevoso anzuelo,
y entre las dos la caña que nos junta.
Yo he matado el anhelo;
y el pez que muerde me lo manda el cielo.

Yo le dejo morderme la carnada
sin que mi sentimiento y mi conciencia
me lo reprochen. Nada
me impide reducir a la impotencia
al pez que aguardo con feroz paciencia.

Pero ¿en verdad aguardo
al pez como a su presa

aguaita entre las ramas el leopardo?
No es realmente el pez lo que interesa,
sino la paz, que como el sol nos besa.

Y cuando el pez se clava
y la boya se agita,
el pacífico sueño se me acaba.
Mi mano apresó el cuerpo que palpita,
y en la tierra fatal lo precipita.

No hay sangre pero hay muerte.
El pescado me mira
con su mirada inerte.
No leo en ella ira
ni desesperación. Nada me inspira.

Mas también es mi hermano.
"Mi hermano pez". Como su pena es muda
sin compasión lo ultima nuestra mano,
cual la del cazador torpe y sañuda.
Pescándolo egoísta y "muy humano"
pesco mi paz de un día este verano.

El hombre se divierte
jugando con los pobres animales
juegos de sangre y muerte.
Los hombres somos fieras racionales
y el mal ajeno cura nuestros males.

Mi caña pensativa
es un arma terrible bajo el cielo.
Pero yo tengo un alma inofensiva
que en hacer mal no puede hallar consuelo.

.....
¡Chito! Que ya otro pez mordió el anzuelo.



EL CANTO DE LOS DESOCUPADOS

Treinta millones de obreros sin trabajo
hacen guardia en las puertas
de todos los talleres
y en los portones de todas las granjas.
Su sombra descuelga la noche
sobre la tierra en pleno día
y apaga la llama moribunda
de innúmeros hogares.
Millones de puños
se cierran ociosos, vacíos de herramientas.
Treinta millones de cerebros
comprenden la infamia del mundo.
Habrá que sepultarlos en los cuarteles
y embriagarlos de frenesí guerrero
para que no piensen.

Y sepultarlos en las trincheras
para que trabajen matándose.
Así se habrá concluído
con los desocupados.
Será como si el mundo capitalista
se quitase de encima
con un sacudimiento de hombros,
de golpe, el peso muerto
de treinta millones de obreros
sin trabajo.

¡Si esos treinta millones de obreros
se diesen las manos ociosas
e hiciesen una enorme cadena
de indignaciones rebeldes
contra el destino!
Con esa cadena podría aprisionarse
al monstruo de la injusticia
y al dragón del privilegio.
Tirando de esa cadena
podría arrastrarse el mundo capitalista
hasta que se derrumbasen hechas polvo
todas sus torres.

Treinta millones de obreros
vagan por las calles de todas las ciudades
y por los caminos de todos los campos.
El rumor de sus pasos
se suma al clamor de los mares

en el Universo.
Y se oye por encima
de todos los pensamientos del hombre,
en esta larga noche de insomnio
en que la historia está de parto.

Treinta millones de obreros
se ponen en marcha
hacia todas las tierras vacías
que se tienden bajo el Sol
como hembras que esperan al hombre.
Tendrán que apresurarse
para que no los detenga la muerte.
Sus pasos trazan en el Mundo
una avenida polvorienta
para que puedan algún día
caminar victoriosos
sus hijos, sus hijos, sus hijos...
El rumor de sus pasos
a través de la noche
acalla el clamor de los mares.
Cientos de hombres reunidos
en el Museo Geológico de Londres
quieren con sus torrentes de palabras
poner a flote la nave
de la humanidad encallada
en un banco de arena.

Acudid, ¡oh treinta millones
de trabajadores sin trabajo!

Y de un solo envión de vuestros hombros
haréis saltar la nave,
como un lebrele libertado,
por sobre los arrecifes!
Treinta millones de obreros parados
están de guardia ante las puertas
de una nueva edad
del género humano.
¡Si todos se arrojasen de golpe
sobre esas puertas cerradas!...
Avalanchas de luz
inundarían el presente,
y el canto del trabajo en la alegría,
sobre los campos, las urbes, los mares
iría a perderse en el oído atento
de las estrellas invisibles...

1933.

☞☞☞

¡CRISIS!

En los campos el trigo
ondula kajo el viento,
y es un mar sin confines
que se alarga en el cielo.

Las espigas se pudren
en el tallo.

El labriego
no ve en ellas el oro
ni el pan, y en los graneros
desborda el grano inútil
que olvida el molinero.
Por los caminos pasan
hombres, mujeres, niños
hambrientos.

El ganado deambula
en los vastos potreros.
Hambre del frigorífico
es hoy afán modesto,
y no retorna de oro
un río al estanciero
por cada res que llevan
a morir los troperos.

La carne del ganado
abunda bajo el cielo.
Por los caminos pasan
hombres, mujeres, niños
hambrientos.

Las granjas no alimentan
ni a los mismos granjeros.
Y en el corral se pudren
los animales muertos...
Pasan por los caminos
hombres, mujeres, niños
hambrientos.

En los amplios hangares
de todos los puertos,
se acumulan los sacos
de riquezas repletos,
a la espera de buques
que vengan a extraerlos,
pero que nunca llegan
por los mares desiertos.

Y hay millones de seres
humanos hambrientos,
desnudos y descalzos
que vagan por los puertos.

Las usinas enormes
con sus monstruos de hierro
han apagado el ritmo
de su jadeante pecho,
El pulso de las máquinas
es hoy débil y lento.
Los talleres vacíos
se llenan de silencio.
Y a sus puertas golpean
en vano los obreros,
con esos mismos puños
pujantes que pusieron
en marcha el corazón
de aquel gigante seno.

En la Bolsa el demonio
del azar anda suelto.
Las fortunas se vienen
como torres al suelo.
Por las ventanas llevan
las ráfagas del viento
el oro transformado
en papeles sin dueño.
Millones que disipa
el despertar de un sueño.

Millonarios trocados
de pronto en pordioseros.
Revólveres que ponen
en el cálculo adverso,
el rasgo de una bala
como último cero.

Ventanillas de Banco
sordas ante un tremendo
rugir de muchedumbres
que claman por dinero.

Legiones de empleados
que quedan sin empleos.
Padres que a sus hogares
tornan con paso lento,
con el puñal clavado
del despido en el pecho.

La diosa Mercancía
queda sola en sus templos.
Faltan en sus altares
la ofrenda, el voto, el ruego...
Sólo hay en torno de ella
soledad y silencio.

Pasan ante sus puertas
en harapos envueltos,
hombres, mujeres, niños
hambrientos.

Brotan en los suburbios,
en los solares yermos,

lamentables casillas
que desdeñan los perros.
Son las habitaciones
de un barrio sin caseros.
Son viviendas "humanas"
porque el hombre está dentro.

Comedores gratuitos
atestados de hambrientos.
Hombres jóvenes, fuertes,
por las calles pidiendo
para comer.

Ciudades
que se llenan de espectros.
Ríos donde las barcas
sin velas y sin remos
quedan adormecidas
en inmóviles sueños.
Bahías silenciosas
con grandes barcos quietos.
Bosques donde los pájaros
son los únicos dueños
porque el golpe del hacha
no repiten los ecos.

El oro en los arcones
con su brillo siniestro
dicta al mundo un mandato
de hambre y renunciamiento.
Sed de oro siente el mundo.
El único alimento

que reclama la vida
de naciones y pueblos
es el oro.

Ni el trigo,
ni la carne, ni el hierro,
ni el carbón, ni los árboles,
ni los ríos inmensos
sacian de sus reseca
entrañas el deseo.
Sólo el oro daría
vigor al brazo yerto.

Y es el oro, entretanto,
quien en las sombras quieto
murallas y rencores
levanta entre los pueblos.
Y retiene las barcas
ancladas en los puertos
y deja sin convoyes
los caminos de hierro;
mientras él crece y crece
como un árbol funesto
que cubre con su sombra
de muerte el universo,
desde el seno insondable
de tesoros secretos.

Por las calles del mundo
vagan, con paso incierto,
hombres, mujeres, niños
hambrientos.

1931.

LA LECCIÓN DEL DESIERTO

I

En fabulosas tierras de Oriente, cuando andaban
por el mundo los genios con mágicos poderes,
un árabe y su mula el desierto cruzaban
por la ruta obligada para los mercaderes.

Cargada iba la mula de telas y collares
y montado en la mula el árabe sentía
el látigo de fuego de los rayos solares
que sobre su cabeza y sus hombros caía.

La sed lo devoraba sobre el yermo de arena;
y la fiebre encendía sus espejismos de agua
ante los horizontes, en la extensión serena
que bajo el sol hinóptico era una inmensa fragua.

De pronto ante su vista surgió, tras un montículo de arena, entre breñales y palmas, el milagro de una cisterna bíblica, con su espejante círculo de agua pura y vibrátil engarzada en el agro.

Se restregó los ojos asombrados, temiendo que fuese una ilusión febril de sus sentidos, y se acercó temblando. De súbito, un estruendo formidable y extraño le aturdió los oídos.

Del fondo de una gruta que al costado se abría de la fuente, entre rocas escarpadas, gritando el genio de las aguas surgentes emergía esgrimiendo una vara con actitud de mando.

—¡Detente!, grita al pobre mercader moribundo que de hinojos caía sin dejar de mirarlo extendiendo implorante hacia el pozo profundo su cántaro vacío con afán de llenarlo. Y agregó: —Si tú quieres beber de esta cisterna, deberás tolerar que diez veces te azote. Y erguido ante la entrada sin luz de la caverna se nimbó de trallazos con el fiero chicote.

—¡Sea! gimió el sediento: y cerrando los ojos, con los brazos caídos, aguardó de rodillas el primer latigazo...

—¡Consérvate de hinojos!
Y le hirió con el látigo diez veces las mejillas.

II

Sobrevino un silencio. El hombre ensangrentado libre de los azotes, quiso ver si era cierto que al fin lo dejaría beber aquel malvado. Pero al abrir los ojos creyó soñar despierto.

Genio, gruta y cisterna ya no estaban allí. ¿Fue una alucinación o fue en cambio un sangriento capricho de aquel mago?

Exclamando ¡ay de mí!
volvió a emprender su viaje el mercader sediento.

Cuando ya se alejaba, la voz del hechicero vibró en los aires sobre su abatida cabeza, renovando el asombro del infeliz viajero y en desesperación trocando su tristeza.

—Mercader, no eres digno de beber de mi fuente porque te resignaste a que yo te azotara.

—Nunca había sentido una sed tan ardiente, ¡y era tan tentadora esa fuente tan clara!

—Quien por saciar su sed se deja dar de azotes, el mago respondióle, no merece vivir.

—Me has engañado; duélneme tus castigos. No agotes tu maldad en mis carnes, y déjame seguir...

Eso dijo azuzando a la paciente mula para poner un poco de impaciencia en su avance, y mientras el cuadrúpedo sus fuerzas acumula, él ve lagos y arroyos, pero no les da alcance.

III

Transcurrieron crueles largas horas de angustia, mas de pronto, en la calma solemne del ocaso, reanimando en su alma la esperanza, flor mustia, otra cisterna vino a detener su paso.

Desmontó de la mula con la ansiedad impresa en la desgarradora máscara del semblante. Tendió otra vez su mano. Pero otra vez la gruesa voz del genio inflexible lo detuvo al instante.

—El precio de mi fuente son diez golpes de verga, oyó que le decía el adusto hechicero. Pero ya escarmentado comprendió la monserga y recobrando aplomo le respondió: ¡No quiero!

Se detuvo aguardando que el genio se apartase. Ni un ademán ni un gesto añadió a su repulsa; y cuando ya creía decisiva su frase, le oyó lanzar al aire una risa convulsa.

Y simultáneamente vió que genio y cisterna se habían disipado de su absorta mirada. Lloró llanto de fuego, vencido por la interna visión de una segura muerte desesperada.

IV

Pero al fin se repuso y reanudó su viaje. Nuevas horas de angustia y feroces tormentos.

Siendo otra vez juguete continuo del miraje de aguas inasequibles a sus labios sedientos.

Mas un jinete en eso divisó a la distancia. En opuesto sentido venía por la ruta. De cerca, en su apostura vió singular prestancia y en sus ojos ardientes una fuerza absoluta.

Frenó el cid su caballo al ver un caminante que casi moribundo iba por el desierto. Vió la muerte grabada en su flaco semblante.

—Buen hombre ¿qué te ocurre?

—¡Que de sed estoy muerto!

Le narró entre sollozos su curiosa aventura. El extraño escuchaba en silencio el relato. Terminó el mercader y él le dijo:

—Criatura

de Alah, comprendo que eres tan sólo un mentecato.

Mucho me han conmovido tu desgracia y tu acento. Toma este talismán. Y sacando del cinto un puñal de afilada hoja: —Si acaso el viento de la marcha te lleva otra vez al recinto

de la fuente encantada con su genio - guardián, empuña este cuchillo. Y cuando el cancerbero te detenga, le clavas rápido el talismán de modo que penetre hasta el mango el acero.

V

El mercader que nunca armas había empuñado
y temblaba a la vista de la sangre, pensó
que para no morir de sed desesperado,
debería matar. Y el cuchillo aceptó.

Continuando su viaje llegó por fin a un punto
donde encontró de nuevo la cisterna encantada.
Se arrojó de la mula, frío como un difunto
a pesar del bochorno de la tarde soleada.

Con cauteloso paso acercóse. Oprimía
oculto entre las ropas el puñal en su diestra.
Al lado de la fuente nuevamente surgía
el maléfico genio con su intención siniestra.

Sin darle tiempo a nada se arrojó de improviso
sobre el gigante hundiéndole el puñal en el pecho.
y ¡oh maravilla! el golpe no deshizo el hechizo,
y en lugar de abatirse quedó el genio derecho,

en pie, pero su cuerpo rígido se tornaba
de roca y de la herida como de áspera grieta,
un chorro de agua pura y torrencial brotaba
para hundir en el páramo líquida sierpe inquieta.

El mercader, de hinojos, clavado sobre el suelo
con la boca pegada al agua que circula,
hasta saciarse bebe esa agua toda cielo,
y a su lado gozosa, bebe también la mula.

VI

Cuando vuelto a la vida, el mercader contento
se incorpora y dispónese a marchar, con espanto
ve que la carga que era de su vida el sustento
ha desaparecido como por un encanto.

El mercader en vano nuevamente gemía
viendo de su fortuna derribarse el castillo.
El árabe gallardo del talismán, se había
cobrado en esa carga valiosa su cuchillo.



A LA PLEBE GAUCHA

Carne de sacrificios anónimos, tan grandes,
que en la Pampa solemne, pedestal de los Andes,
y en la zona que bañan el Uruguay y el Plata,
derramaste la pródiga heroicidad nativa
en un épico río de color escarlata.
¡Un viril despilfarro de sangre!

Fuerza viva,
que entre fuerzas oscuras que te oprimen y mueven
eres, como lo fuiste, tributaria y cautiva,
¡que los vientos que pasan por la ciudad te lleven
el clamor de las urbes, que es la voz de la Era,
voz que ruge, conmina, desespera y espanta,
voz que canta
sobre nuestras cervices, y es como una bandera
que hacia el sol, en el viento, Irredento levanta!

Tú que fuiste el nervudo brazo libertador,
que trozara cadenas con altiva pujanza
y forjando naciones en tu indomable ardor
dilatabas fronteras con un bote de lanza;
tú que tuviste siempre encendido el valor
como un fuego sagrado delante del altar
de la patria, y que fuiste para ella el redentor,
eres en ella un paria que hemos de libertar,
un esclavo errabundo ¡pobre libertador!...

Ante tus ojos tiéndese la sabana infinita
de los campos incultos en que el ganado paca
y a través de los cuales raudo se precipita
el bagual que tú domas a rebenque y espuela,
en un bárbaro esfuerzo que su fibra deshace,
mientras como un Pegaso contigo encima vuela.
Pegaso que tú ciñes domeñado al palanque,
por la virtud salvaje y brutal del rebenque.

Tú no tienes siquiera la libertad del potro
que domas, con peligro de muerte, para otro.
El tiene en los potreros en que vaga, abundante
gramilla y perfumado trébol que lo alimentan,
y hay, pues, algo que es suyo en la tierra que pisa.
Nada es en ella tuyo, en cambio, trashumante
siervo obstinado y triste que los amos afrentan
poniéndole en los ojos la venda: una divisa,
dogal de los cerebros, lazo de montoneras,
vínculo que te suma a levantiscas hordas
merced a tus indómitas aficiones guerreras,

explicables, sin duda, pues la guerra te ofrece
distracciones mayores que la paz y las gordas
reses que te condenan a una atroz indigencia,
porque ellas en los campos tienen la preferencia
y valen para el amo más que tú.

Ésa es tu "fiesta",
feroz fiesta de sangre, ¡y qué cara te cuesta!

Proletario, tú eres la gran víctima en todo,
en la paz, en la guerra, siempre y de cualquier modo!
En la guerra, héroe anónimo, héroe de chiripá,
mueres sin que ninguno tu martirio lamente,
y si no mueres, nadie luego se acordará
de ceñirte siquiera un laurel en la frente...
Vives en el pasado mientras la gran contienda
del presente rugiente como un mar se debate,
y eres como el isleño hasta cuya vivienda
no arriba de las olas el poderoso embate.
Pero la isla en que vives el mar va socavando,
la conmueve y la arrastra sin que tú lo percibas,
y tú marchas con ella y te alejas dejando,
al perderte en la muerte, sitio a las fuerzas vivas
del Progreso, que viene antes a perseguirte
que a emanciparte, y eso,
porque no te encaramas al lomo del Progreso.

Domador de baguales, no domas tu destino
y te vas silencioso, prosiguiendo el camino
de las razas que emigran ante nuevas corrientes
de hombres emprendedores, y mejor, impacientes.

Te detiene el pasado y el porvenir te hostiga
y antes de haber luchado te rinde la fatiga.
Entre fuerzas contrarias estrechado, no sabes
para eludir el golpe, imitar a las aves
que se alzan por encima del mar y de la roca
cuando el agua furente contra la piedra choca.

Sumergido en la vida bestial, bajo el imperio
del instinto te mueves. Rudo, tosco y sencillo,
pueblas de mil fantasmas la sombra y el misterio
de la naturaleza: le das a tu cuchillo
papel preponderante en tu acción y en tu vida,
que a cada paso arriesgas sin temores ni alardes:
y no hay mayor insulto para tu alma aguerrida
que decirte "¡cobarde!"

El culto del coraje domina tu existencia,
y tu valor explotan los agrestes caudillos
que a torpes aventuras conducen tu inconsciencia,
a morir ignorando por qué causa lo haces,
ciego en la idolatría de históricos cintillos,
todo ardiendo en la llama de los odios voraces,
fanático de oscuras, fratricidas pasiones
que ignoran sus motivos y no escuchan razones...

Aislado permaneces de la vida moderna.
El latido del mundo que marcha, no se interna
en la isla de barbarie donde se alza tu rancho.
¡Y qué estrecha tu vida, en medio de ese ancho

piélago de verdura sin fin que te bloquea
y atravesar no pueden las quillas de la Idea!

Miserable y sombrío, arrastras tus dolores
sin descifrar el signo de aquellos resplandores
que en las noches tranquilas se alzan allá a lo lejos
tras de los horizontes y que son los reflejos
que la ciudad envía a la nube lejana
simulando una aurora con sus tintes de grana...

Para ti no es la carne del ganado que cuidas:
para ti es el ayuno, y el dormir en el suelo,
y son las vestimentas sumarias y raídas
y el alcohol asesino como todo consuelo...
Eres resto vencido de una hueste deshecha;
en medio de esa gloria de sol, aire y espacio,
la enfermedad terrible con su traición te acecha,
y Hércules campesino, mueres exangüe y lacio.
Tienes el sentimiento a flor de labio, y cantas
con la melancolía de las razas viriles,
y en las noches serenas, bajo el ombú levantas
tu voz llena de penas y de encantos sutiles.
La guitarra es tu amiga. Su música adormece
las vagas inquietudes de tu alma soñadora.
Aplaca tus afanes y el corazón parece
poner a la sordina cuando blasfema o llora...
¡La guitarra! El acento de sus cuerdas vibrantes
tus décimas de amores de más amor reviste.
¡A su caricia lánguida se entregan palpitantes

los anhelos que baten sus alas en un "triste"!
Sueñas bajo el encanto de su voz de armonía
que sólo de ternezas, de amor o de proezas
del pasado nos habla, con la melancolía
que dobla las cabezas
sobre el pecho agobiadas de ensueño y poesía...

Pero tal vez un día el viento que a ti llega
de los mares que ignoras, traerá de las ciudades,
llenando de estupores tu alma de Santos Vega,
un clamor de fecundas y heroicas tempestades.
Te cantará al oído una revelación
y quedarás prendado de la nueva canción.
Suspenderás el canto de la flébil guitarra,
y es muy posible que,
sintiendo en ti el zarpazo de una invisible garra,
¡destroces la guitarra y te pongas de pie!

1912.



EL RANCHO

Corona la cuchilla.
Sobre un mar de gramilla,
levántase su quilla y todo él es
como un barco al revés.

¡Barco tumbado que el pampero azota,
que hoy habitan el paria y el ilota,
mas que, tal vez mañana,
abandonado dejarán sin pena,
como deja la errante caravana
el inseguro aduar sobre la arena!
Resto de naufragio, castigada nave;
casucha del hombre que no envidia el ave;
frágil al empuje del crudo pampero;
refugio sumario y típico, el rancho;

¡de barro y de paja, como el del hornero,
miserable y sucio, como el del carancho!

Corona la cuchilla no por dominador,
sino para que el agua del río no le arrastre
cuando del bajo sube, turbio, avasallador,
llevando a donde llega la muerte y el desastre.

Tiene la forma de un arca,
y es un arca inconsistente por la tierra detenida
al fin de quién sabe qué
diluvio. Dentro el patriarca
de tez por el sol curtida
y luenga barba florida,
rememora lo que fué,
inmóvil ante la eterna correntada de la vida...

Evocación de una era
de épicas abnegaciones y sacrificios violentos,
en que la raza altanera,
en la punta de las lanzas, rayos de la montonera,
ofrecía una bandera
al abrazo de los vientos.
Nido del gaucho aguerrido
en el duro batallar
por la patria o el partido;
no más sólido que el nido
donde se va a refugiarse,
para morir o para descansar
el fiero chimango herido.

Débil tienda de campaña,
rústica improvisación.
con techumbre de espadaña
y paredes de terrón,
efímera construcción
de pájaros que renuevan
su casa en cada estación;
carpa de guerra en un vasto
campamento — el territorio
nacional — surge entre el pasto
como un nidal transitorio...
Exigua vivienda humana,
apenas techo y reparo
en el latifundio, hermana
del ombú que te da amparo.
Eres crisol de una raza bronceína
que regó con su sangre el terruño
y de las fronteras dibujó la línea
a punta de lanza y a fuerza de puño;
y que después de haber hecho su obra
sólo ha tenido para refugiarse
a descansar de la ruda zozobra
esa precaria guarida en que echarse...
Razas de tierras lejanas vinieron
a fecundar la desierta campiña,
de espigas de oro la pampa cubrieron
y en los pedregales plantaron su viña...
Pero el rancho sigue siendo la vivienda
de los que fecundan la roca y el cieno;

hogar sin raíces, desmañada tienda
 de un pueblo que habita sobre campo ajeno...
 Hoy junto al caballo que impaciente afuera
 aguarda al jinete, no es extraño ver
 la yunta de bueyes que rumiando espera
 la eficaz picana que la haga mover.
 Y hasta el pingo inquieto, que en heroicos días
 fué el corcel piafante de las correrías,
 suele, en una agrícola paz beatificado,
 verse honestamente prendido al arado,
 sembrando un poco a esos luchadores
 que al llegar a viejos se hacen labradores...
 Jóvenes países, en dolores viejos —
 ¡oh grandes estancias que gobierna un amo! —
 que los proletarios que llegan de lejos
 atraídos siempre por vuestro reclamo,
 hallen un refugio menos miserable,
 casa más segura, tienda más estable
 que el barco tumbado de donde la mar
 apenas crecida los viene a arrojarse.
 El barco tumbado. El viento lo azota;
 el mar lo amenaza; lo habita el ilota,
 aquel que mañana
 tendrá que dejarlo, partiendo sin pena,
 como deja la errante caravana
 el inseguro aduar sobre la arena...



ODA A UNA CIUDAD INVICTA

Todas las flores de América
 —que no está todavía “cansada de dar flores”—
 irán un día en vuelo de milagro
 a caer sobre las tumbas y las ruinas de Londres.

Porque fué en Londres donde se quebraron
 las alas de la noche,
 y el horror que llegaba desde Europa
 se deshizo en la luz de los relámpagos
 de sus mil reflectores.

Porque sombras fatídicas volaron
 vomitando explosivos sobre esa gran metrópoli
 que se erigió en la capital del mundo
 civilizado, con valor insomne,
 con terca voluntad de no rendirse
 y alto escudo de bronce.

Porque cayeron bombas por millares
para aplastar sus casas y sus torres,
y enterrar bajo el polvo de sus piedras
los huesos y el espíritu de sus tenaces pobladores.

Porque se resistió bajo el tremendo
y destructor azote;
porque no vaciló cuando caían
arrasados sus templos y mansiones.

Porque le puso pecho a la tormenta
como sus marineros en los días peores,
y no arrió su bandera de combate,
ante aquel viento bárbaro, más noble.

Porque rechazó la ola bravía
y Gran Bretaña pudo erguirse bajo el golpe.
Y así salvó a la Humanidad entera,
con su escudo y su casco de bronce.

Por eso un día irán de toda América
nubes de flores
a caer sobre el suelo ensangrentado,
sobre las tumbas sagradas de Londres.

1942



NUEVA ODA ANTIGUA A LA LIBERTAD

Enigmática diosa de un Olimpo olvidado,
habíamos perdido la emoción de cantarte.
Al frecuentar la tierra te hiciste demasiado
humana y no supimos sentirte para el arte.

En nuestros corazones se apagaron las llamas
de aquellas grandes voces que tú encendiste un día
para formar la selva de clamorosas ramas
en que de los leones el rugido se oía.

Byron Shelley, Leopardi, Béranger, Hugo... Enormes
sacerdotes llenaban tu templo con su canto.
Héroes, bardos, profetas alados, proteiformes,
volaban con tus alas y vestían tu manto.

Sus himnos te envolvían en una nube de oro
que el relámpago hendía con sus tajos de fuego.
De esa nube caía en las almas un riego
cálido y fecundante de entusiasmo sonoro.

Mas poco a poco el fuego se trocaba en cenizas
que a los cuatro horizontes aventaban las brisas,
y el templo se quedaba solitario y sin voz.
Tu imagen allá arriba en su abstracción exánime
presidía sin manos ese silencio unánime.
Y alguien dijo: — Desciende!

Respondiste: —Allá voy!

Ya no más te cantaron sacerdotales voces.
No se oyeron rugidos de león a tus plantas.
En medio de los hombres padeciste sus roces
y no encendió tu aliento antorchas sacrosantas.

Te nos fuiste tornando tan vulgar y sencilla
que volver no pudiste al majestuoso altar.
Quisiste para el hombre ser bordón y escudilla
y herramienta, y el hombre te empezó a despreciar...

Eras tan diminuta frente a la sombra inmensa
en que millones de hombres buceaban un destino,
que con su menosprecio te infligieron la ofensa
de abandonarte impávidos al borde del camino.

Te llamaron ramera y escupieron tu faz
y ensangrentada y mísera quedaste bajo el cielo,

y te faltaron fuerzas para alzarte del suelo
y pareció que nunca te veríamos más...

Pero cuando los pueblos, colmada su paciencia,
sintieron el castigo múltiple de tu ausencia,
apreciaron el mágico valor de tu presencia,
aunque ella fuese cosa tan sutil y menguada
que halla sitio en el hueco de una mano cerrada
o cabe en una frase, en un gesto, en un grito
afirmando tan sólo que pensar no es delito.

No estabas a su lado como una sombra hermana,
y multitudes flébiles cargaban doble yugo,
porque debían dóciles seguir la caravana
teniendo junto a ellas, en vez de ti, al verdugo.
Y ésta es la hora en que vamos otra vez a tu encuentro.
Del polvo en que caíste, arrojada por manos
brutales, te elevamos para desagradiarte
y ponerte en el centro
de nuestro corazón y nuestro arte.

Ya en tu defensa acuden formidables legiones.
Ya el mundo arde en la hoguera de una lucha sin freno.
Ya en tu honor hacen salvas de muerte los cañones.
Ya tu voz llena el alma del siglo, como un trueno.

Ya te presentan armas los pueblos sacudidos
por el recio aletazo del odio a las cadenas
y millones de héroes se arrojan decididos
a verter en tus manos la sangre de sus venas.

Otra vez resplandeces en los viejos altares,
mas son hombres del día los que caen a tus plantas.
Y el amor que te ofrendan suena como los mares,
que son eternamente nuevos, en sus gargantas.

En tus ojos de diva profundamente humana
descubren la sagrada virtud de todo vuelo;
y si van a la muerte es para que mañana
ampares a sus hijos con la luz de tu cielo.

Sobre todo en América, patria de inmensidades
en que el cielo y la tierra son un espacio mismo;
donde ríos indómitos arrastran tempestades,
y su vértigo enlazan la cumbre y el abismo.

Sobre todo en América, donde el hombre se siente
partícula del cosmos, flor de los elementos,
y te lleva estampada como un beso en la frente
donde laten las aguas, los astros y los vientos.

Extensiones de América... Solitarios altares
en que hombres silenciosos, hurraños y bravíos
te adoran persignándose con sangre de jaguares
y cruzando a caballo tus pampas y tus ríos.

Entero el continente es con los campanarios
de sus montañas épicas templo para tu culto,
donde son los flamígeros volcanes, incensarios,
y voz de órgano sacro el marino tumulto.

Donde las selvas vírgenes son imponentes naves
en que entonan sus himnos los vientos que desatas,
y el tropel de los potros y el volar de las aves
riman con el estrépito de diez mil cataratas.

Donde es hostia de fuego el Sol que lento asciende
sobre horizontes de oro en un solemne rito,
y en bosques y praderas su anunciación enciende
como ofrenda del cáliz azul del infinito.

Ciudades que recogen la esperanza del mundo
y a donde ansiosas llegan las angustias humanas,
te brindan un regazo palpitante y fecundo
mientras echan a vuelo, en tu honor, sus campanas.

¡Sobre todo en América! ¡Tu sombra fugitiva
suele ser solamente sueño de nuestras manos,
pero el pueblo te adora con su fe primitiva
y se toma venganza de muerte en sus tiranos!

Marzo de 1941.



ANTOLOGÍA CRÍTICA

(CUATRO JUICIOS SOBRE LA POESÍA
DE EMILIO FRUGONI)

DE JOSÉ ENRIQUE RODÓ

PRÓLOGO "DE LO MÁS HONDO" (1902)

No ha mucho tiempo que procuraba yo expresar, a propósito de un libro de versos, la sensación que produce en la mayoría de nosotros la comunicación espiritual con un temperamento lírico suficientemente dotado de vida y fuerza interior para limitarse a buscar sus inspiraciones en ellas, sin abrirse a la repercusión de lo exterior y colectivo. Aquellos que tenemos dispersa entre las cosas del mundo una buena parte del alma, y no podemos acariciar por mucho tiempo las dulces emociones de la concentración sin que nos inquieten y sacudan los hilos espirituales que nos vinculan a esas cosas de afuera, envidiamos aquel privilegio y admiramos aquella facultad del poeta íntimo. Honda y delicada voluptuosidad debe de ser la de vivir perpetuamente sumergido en esas aguas serenas, y llegar a hacer así del propio corazón un alga rara, que, siendo cosa viva, parece flor de artificio o extraño adorno compuesto de sutiles encajes! Los demás sólo disfrutamos por excepción dichosa, tal cual vez, a la manera de regalado convite o paseo encantador, los halagos de esa absorción escogida; pero en el poeta íntimo ella nos parece única y constante.

Tengo ahora ante mí los originales de un nuevo libro

de poesía, casi exclusivamente personal, ensimismada, *dulcemente egoísta*, y aquella impresión se reproduce, y se reproduce más intensa, porque me sorprende sumergido del todo en un gran clamoreo de voces exteriores, que acalla el rumor de las profundas y sumisas que cada uno lleva — como la música de que hablaba Porcia, — dentro de sí.

Libro de intimidad; poesía de recogimiento y confianza. No sé si habrá quien, después de conocida la obra, aconseje al autor que atienda a lo que pasa en torno suyo; que confunda su personalidad de poeta con la personalidad colectiva de su pueblo, o con la de una comunión ideal, a la que muevan hondos intereses humanos. Tal hubiera hecho buena parte de la crítica en un tiempo. Pero no lo haré yo, que, en presencia de un temperamento u obra de poeta, nunca me he sentido inclinado sino a apreciarlos en sí mismos, tal cual la naturaleza desempeña en ellos su ley. Siendo el instinto poético una *vocación*, en rigurosa etimología, esto es: un llamamiento, el poeta sabe bien de dónde procede para él la misteriosa voz y cuál es la dirección que ha de tomar para acudir a ella, sin que los rumbos que le indiquemos nosotros puedan darle más fija y feliz orientación. Nuestro deber de críticos es limitarnos a juzgar la obra realizada, en el campo adonde el poeta nos lleva.

Y adviértase que es, quizá, éste de las intimidades el único campo que la poesía podrá reivindicar eternamente como *suyo*. Si yo creo en la perennidad de la forma métrica es porque no concibo cómo sería posible eliminarla

de la expresión del sentimiento individual, en lo que ésta tiene de puramente lírico y no adherido accesoriamente a la descripción o al relato. Imaginemos que la querrela de la prosa y el verso haya de resolverse definitivamente de la manera como ella está resuelta con relación a las actuales condiciones de oportunidad literaria, y que persista para siempre la superioridad actual de la primera como instrumento de la narración, del diálogo dramático y de la imitación descriptiva. Concedamos aún que, por lo que toca a la expresión entonada de los grandes efectos colectivos, quepan, sin inferioridad, dentro de la elocuencia de la prosa, el himno, la imprecación, el credo de fe, el ditirambo y el *pean* de victoria. Pero, aun cuando lo porvenir haya de ser eso, la forma poética conservará el imperio inmutable de las confesiones del sentimiento individual, cuyo interés perecerá, fatalmente, desvanecido en trivialidad y falta de substancia, cuantas veces intente privársele del *quid ineffabile* del ritmo, de la misteriosa virtud que el ritmo pone en los ápices de la expresión: a la manera como hay vagos y delicados aromas cuyo encanto se disiparía si se les separase del tejido tenue y transparente de las flores de que se exhalan.

Por otra parte, hay veces en que, a pesar de buscar su poesía dentro de sí mismo, el poeta íntimo llega a ser el más universal, — casi diría el más impersonal, — de todos los poetas. Sucede esto siempre que las emociones, los afectos, los estados de alma, que en sus versos encuentran expresión, no son los excepcionales de una naturaleza poética caracterizada por extraña y anómala, ni pre-

sentan muy acentuada la *nuance* individual que cada humano corazón imprime al sentimiento. Entonces, dentro de los vagos contornos con que el poeta dibuja la imagen de su vida interior, a todos nos parece ver algo de la propia; reconocemos allí nuestras sensaciones actuales, o aquellas de que sabemos por el recuerdo, o por lo menos nuestras sensaciones virtuales y posibles; y es así como la elegía de Musset, o el *lieder* heiniano, constituyen una poesía más *de todos*, más *impersonal*, más cercana a la universalidad que un día tuvieron las epopeyas y los cantos de gesta, que el himno sagrado de Manzoni o la imprecación política de Barbier.

Íntima de esa manera; íntima y general a la vez, por la índole de los sentimientos que expresa, es la poesía de este hermoso libro. Las impresiones, las tristezas, los sueños, que se dicen en él, son de aquellos que están en la trama misma de nuestra sensibilidad y que aparecen a nuestra mirada apenas la hundimos en la profundidad azul que tenemos dentro. Este género de poesía transparente, como el fondo de su corriente límpida, la identidad fundamental de nuestras almas. En cambio, aquel — no menos legítimo, sin duda, — en que el relieve de la fisonomía individual alcanza a la singularidad y la excepción, hace sensible la idea de la complejidad infinita de que es capaz nuestra naturaleza a pesar de esa fundamental identidad. Pertenece a este último género la mayor intensidad de dominio sobre cierto número de almas, distintas para cada poeta, y que éste agrupa a su alrededor por afinidad electiva; pero el dominio más extenso es del

primero. Cada uno siente y admira en la proporción en que es capaz de identificarse con el objeto de su admiración. El sentimiento justo y eficaz, como la plena inteligencia crítica, de una obra, sólo se dan a condición de desprenderse provisionalmente, el lector o el crítico, de una parte de su propia personalidad, para embeberse en la del poeta. En presencia de una naturaleza moral hondamente distinta de la suya, esa mutación relativa de personalidad exige de ellos un esfuerzo, una tensión de simpatía que no siempre logra ponerlos al unísono con aquella alma discordante. Pero cuando lo que el poeta se propone es desentrañar, del sentimiento de todos, el interés y la virtud comunicativa que lo convierten en substancia poetizable, tal modificación personal no es casi necesaria, o bien es casi insensible. El poeta, entonces, reina sin opresión sobre sus súbditos.

Frugoni interpreta con nativa verdad este género universal de sentimiento, y lo interpreta en algunas de sus manifestaciones más hermosas y delicadas. Tonos suaves y de crepúsculo son los de su lírica. La unidad sentimental de esta colección de versos está en un vago dejo melancólico. Sabido es que el dolor es un voluptuoso *dilettantismo* de la adolescencia. Sabido es también que a la sugestión de las tristezas reales, como impulso generador de poesía, se une entonces, en el dolor imaginado, algo de ese hechizo de misterio y leyenda que tienen, para el alma sedienta de aventuras, las tierras raras, desconocidas y remotas. — No hay mucha sombra en la expresión de sus tristezas. Diríase que entre el sentimiento y la expresión,

deja pasar — siguiendo un consejo magistral, — el tiempo necesario para contemplar en la perspectiva del alma, con mirada serena, la elegancia de las tristezas apacibles o de las emociones de amor, o el desfilar de los sueños, como nubes, o un vuelo de recuerdos, como aves de paso que rozan el horizonte indeciso. Pero hay veces en que la intensidad del sentimiento llega a la nota de la tristeza apasionada, como sucede en las composiciones que llevan por título *Mi tortura* y *Tus rigores*.

Dominada, casi exclusivamente, la atención del poeta por el interés de lo que pasa en su escenario íntimo, poco es lo que le preocupa el escenario de la naturaleza. Sus rasgos descriptivos son, sin embargo, verdaderos y hermosos; pero ellos están subordinados constantemente, como elemento accidental, al personalismo lírico, y no sólo reflejan la naturaleza al través de un estado de alma determinado, sino que señalan ese modo, aun más estricto, de subordinación, en que la naturaleza aparece participando ella misma de los afectos del espíritu que la contempla. Así en *La Choza*, *Primaveral*, *El regreso* y *Llanto de rosas*.

Todo lo que se refiere a la ejecución, manifiesta en este poeta nuevo un sentido muy fino de lo plástico y de lo musical de su arte. Sabe escoger en el vocabulario poético, y rige con pulso firme y seguro el movimiento de la estrofa. Esculpe el endecasílabo del serventesio o de la silva con clásica limpieza, y el romance se desata, al impulso de su mano, con la desenvuelta gallardía que recuerda los escarceos y arrogancias de un corcel de torneo.

Para apreciar, a la vez, la delicadeza de sentimiento y expresión, y la destreza en el gobierno del verso, que es justo reconocer a nuestro poeta, nada más apropiado que la lectura de composiciones como *Súplica*, *Tus pupilas*, *Resurrección*, *Fénix*, *Tus ojos*, o aquella que ocupa el segundo lugar en los *Aletazos* y a la que el autor no ha puesto nombre. Menos me agrada cuando vuelve a los metros y al estilo románticos, como en sus esproncedianas *Siemprevivas*.

Si se me preguntase cuál es, de las composiciones de Frugoni, la que me parece mejor y más característica de las buenas cualidades de su estilo poético, quizá optaría por la *Súplica*. Hay aquí sentimiento intenso y acendrado, belleza de expresión, y el movimiento rítmico da a un mismo tiempo una sensación de gracia y de fuerza. La sensación de palpar el mármol firme y pulido, o de ver ondear en el aire la espada del brazo vencedor.

En ésta y algunas otras de sus composiciones, es fácil reconocer el paso de suaves vientos de Italia. Me parece laudable y digna de ser estimulada esta influencia, que es nueva en nuestro ambiente. A pesar de las similitudes de prosodia y de métrica entre ambas lenguas (lo que importa muchísimo, tratándose de cosa tan subordinada como la expresión poética a los caracteres de la forma); a pesar del paralelismo tradicional en el desenvolvimiento de la poesía de entrambas, desde que al sol del Renacimiento tendieron, como dos velas amigas, su vuelo, y a pesar, también, de la proporción considerable en que contribuyen el espíritu y la sangre de aquel pueblo glo-

rioso a la formación del bronce de nuestra raza futura, sólo como notas excepcionales y perdidas pueden señalarse las influencias de la poesía italiana en la de los poetas de la América de habla española. Por otra parte, todo lo que importe contraponer sugerencias y modelos es una fuerza de originalidad, — porque es una fuerza de emancipación, — cuando se mantienen tan invariables y únicas, no tanto las fuentes de lo antiguo, sino las de lo nuevo y revolucionario.

Verdad de sentimiento; elegancia y delicadeza de expresión; manejo hábil y espontáneo del ritmo: tales son las condiciones con que se adelantan a la luz las armas de este nuevo poeta, que es, en ése y otros conceptos, uno de los espíritus mejor dotados de su generación. Si, como el paladín de la leyenda, hubiera él de poner en la mesa del hada propicia su homenaje, que debía ser también un símbolo de lo que el alma del ofrendador llevaba dentro, pondría, no piedras ricas, tributo de la vanidad, ni flores, don efímero, sino, como el paladín estas ofrendas cuanto más sencillas más hermosas: un vaso del agua intacta de un torrente y una hoja límpida y flexible de acero.

(“El Mirador de Próspero”, edición príncipe, págs. 194 - 201).



DE RAFAEL BARRET

SOBRE “EL ETERNO CANTAR” (1907)

“Frugoni es un poeta de interior; desde la primera página nos habla de silencio. Su idioma nos acaricia con su aterciopelado claro-oscuro; su ritmo no es objetivamente musical, pero sí “por dentro”; quiero decir que despierta en el fondo de nuestro ser “otra” melodía de la cual tenemos conciencia sin que la oigamos. Sus metáforas están cargadas de intenciones, de ecos y de buen gusto. Os entran sin ruido y no se van: “la sonámbula voz del piano”, “la pupila mansa del agua”, “una lágrima, el punto de las canciones”, “la oscura señal de mi existencia a ti va unida”, “tal vez se te acerque el pasado y no le huyas”, y aquella vela de barca, en el tempestuoso horizonte, abatiéndose y alzándose semejante a un enorme pañuelo que tiembla en un adiós, y aquel reloj, “corazón del tiempo que late sobre un muro”, y aquel sauce inclinado hacia el arroyo “como un frustrado pescador de estrellas”, y tantas y tantas. Frugoni es de una delicadeza reflexiva, libre de artificios románticos; de ahí el alcance filosófico de sus poemas “Canto del soñador”, “El reloj”, y el precioso análisis psicológico de “El místico”. Para este fino poeta, el dolor debe ser trabajado y saboreado; debe ser como un áspero mineral de donde se extrae el

oro del ensueño. Una de sus poesías se titula "El deleitoso mal", y en la titulada "Semblanza", que empieza "Sé que eres triste, y por lo tanto, buena", están los tres mejores versos del libro; no resisto al placer de citarlos: "Eres gruta de un hondo desconsuelo, — donde al entrar el alma de las cosas, — se oscurece y se impregna de tu duelo". ¡Qué sencillez de expresión y cuánta poesía! Todo Frugoni está ahí. Hasta en sus octosílabos de italiana dulzura, mitad bucólicas, mitad madrigales, encontraréis menos al erótico que al artista contemplando la forma femenina. El sexo no le quita ideas: se las da. El poeta avanza más allá de los nervios. En su noble ternura anhela para los hombres un futuro mejor; pero no pretende conquistarlo por la violencia: aguarda estoicamente a que baje a la tierra "el Amor, lumbre divina — que no deja un rincón triste ni oscuro". Para interpretar a Frugoni sería necesario su lenguaje insinuante y discreto. Más vale releer y callarse. "El eterno cantar" fué un éxito de librería. Recuérdese esto, no en elogio del autor, sino en elogio del público".

("Al Margen", págs. 35 y 36).



DE FEDERICO DE ONÍS⁽¹⁾

EMILIO FRUGONI (1881)

Uruguayo. Abogado. Estudió en la Universidad de Salamanca. Orador político y jefe del partido Socialista. Se diferencia de los anteriores en que nunca fué modernista; su poesía montevideana es sana, vigorosa, optimista, porque cree en el dinamismo moderno y en la redención social. Tiene parentesco con la poesía de Verhaeren. Pertenece de lleno a esta época por su atención a la vida cotidiana y por la expresión deliberadamente prosaica.

BIBLIOGRAFIA. — *Poesía*: "Bajo tu ventana", poema, Montevideo, 1902. "De lo más hondo", prólogo de J. E. Rodó, 1904. "El eterno cantar", 1907. "Los himnos", 1916. "Poemas montevidianos", 1923. "Bichitos de luz",

(1) Tomamos, del citado estudio de Roberto Ibáñez, las siguientes observaciones sobre esta página del prestigioso crítico español: "Aunque certero, el juicio peca de fragmentario y exclusivo con relación a personalidad tan compleja. Podríamos señalar, además, la venial inconsecuencia cronológica en que el crítico incurre al cerrar la etapa post-modernista en el año 1914, por un lado, y abstraer, por otro, un aspecto de Frugoni que — como los respectivos poemas escogidos para ilustrarlo — rebasa casi en dos lustros esa fecha. Y ya que la oportunidad se ofrece, salvemos otros dos errores, uno de ellos, curioso: Frugoni nació en 1880 (el 30 de marzo) y cursó sus estudios en el Uruguay, no en Salamanca".

1925. "La epopeya de la ciudad" (Nuevos poemas montevidéanos), 1927. — *Otras obras*: "Los impuestos desde el punto de vista sociológico", 1914. "Los nuevos fundamentos", discursos, 1919. "El socialismo", 1924. "La lección de México", 1928. "Jubilaciones obreras", 1928. "Socialismo, batllismo y nacionalismo", 1928. "La sensibilidad americana", 1929. — *Estudios*: H. Maldonado, "Socialismo y poesía", en Sol, 9 junio 1926. R. Montero Bustamante, "El parnaso oriental", Montevideo, 1905. A. Rondán, "E. F. poeta", en Lit Ar, junio 1929. C. Roxlo, "Historia crítica de la literatura uruguaya", Montevideo, 1916, t. VII pp. 115 - 162. A. Zum Felde, "Proceso intelectual del Uruguay", t. III pp. 158 - 164, Montevideo, 1930,

("Antología de la poesía española e hispanoamericana").



DE ROBERTO IBÁÑEZ

(EXTRACTOS DE UN JUICIO SOBRE LA POESÍA
DE EMILIO FRUGONI)

La poesía, testimonio vital

Frente al arte que es, ante todo, el testimonio de sí mismo, extraño en apariencia a los valores existenciales que lo informan, existe el arte que, sin merma de sus esencias inalienables, es visible, ardiente y dramático testimonio de la vida que lo modela y ampara.

Una estética jerárquica y noble, destilación de terribles sustancias, es la cauda virtual o expresa del primero; un temblor directo, trasvenado y caliente, en que la generación estética parece ignorarse a sí propia, compensada con la efusión emocional, irrestañable, acompaña al segundo.

En aquél, la pureza sagrada es, a veces, asepsia; en éste, la sagrada impureza es, con frecuencia, simultaneidad de materias preciosas y fatales escorias. Sin embargo, en uno y en otro, interesa la irrevocable presencia de la poesía cuyo misterio los poetas de una y otra estirpe intentamos aproximar — en los hitos especulativos de la faena creadora — con palabras que sean una profesión de fe (el que profesa: *declara, manifiesta*; pero, por fortuna, no agota ni extingue), un relámpago pensado que aspira

a compendiar el coro de flagrantes e intuibles relámpagos, secreto mineral del tiempo, no del espacio, en que cada criatura ahonda — viajando por sus entrañas, tropezando con sus entrañas, entre desgarramientos y agonías — para sancionar el hallazgo que da impulso y corporeidad resplandeciente a la obra.

Sí: arte puro o arte impuro (no sólo en el sentido a que Neruda se refiere); labor agonística siempre, mediata o inmediata confesión de experiencias en que consumimos los días, el pulso, la sangre.

Opuesta a la fatalidad de la muerte (emboscada en el primer latido con que empezamos a golpear en el taller del tiempo como si clavásemos el pecho a la vida): la fatalidad de la creación nos defiende, sin olvido de aquella primera fatalidad que hace posible la dimensión de nuestro heroísmo y sagradas la boca, la mano y la frente con que besamos y cantamos, edificamos y destruimos, escuchamos el pensamiento y el sueño.

La poesía entonces no reconoce otra ley que la de la verdad íntima — voz, resplandor o fragancia — y la de la belleza lograda — éxtasis, temblor o mensaje.

Poesía íntima y poesía social. Validez y caducidad del romanticismo.

La poesía de Emilio Frugoni es temblor y mensaje. En sus comienzos, en los días de su espléndida juventud, solicitada, simultánea y fructuosamente por el canto y la acción, ésta se difundía poderosa y expansiva; aquél se ensimismaba, delicado y contráctil.

Rodó, que prologó el segundo libro de Frugoni, “De lo más hondo”, escribió las siguientes palabras que hoy sorprenden, corridos los años y dibujado el destino del hombre: “Tengo... ante mí... un libro de poesía... dulcemente egoísta... Libro de intimidad; poesía de recogimiento y confianza. No sé si habrá quien... aconseje al autor que atienda a lo que pasa en torno suyo; que confunda su personalidad de poeta con la personalidad colectiva de su pueblo o con la de una comunión ideal a la que muevan hondos intereses humanos”.

Nadie, en nuestro ambiente, ha identificado, como Frugoni, su personalidad de poeta con la de una comunión ideal, movida y conmovida por hondos intereses humanos.

Profecía de soslayo, la del autor de “Ariel”, formulada como una comprobación y con el implícito deseo de una directiva que por fidelidad a sus ideas sobre el papel del crítico no se atrevía a estatuir, se ha cumplido frontalmente en una de las más hermosas existencias con que se pueden enriquecer las dichosas memorias de un pueblo.

La evolución del poeta parece presidida por un numen iluminativo: iniciado en la vida de las letras a los veinte años (1900) con “Bajo tu ventana”, se manifiesta aún como un tributario del romanticismo verbalista que arrasaba en América — ya extinguido en Europa — la púrpura violenta de su floripondio senil, entre las dimensiones sonoras extremas — sin zona intermedia — del suspiro y del trueno.

Hay ¿cuántas veces se ha dicho? un romanticismo

eterno, de legítimo rigor estético e imponderable verdad humana. Sagrado narcisismo del corazón que se redime en las fuentes de su propia sangre, coincide con el mejor momento del romanticismo histórico, al que sobrevive para siempre.

Frugoni fué, es, será, en ese sentido, un romántico, aunque su proteica personalidad no acate las fronteras de un rótulo.

.....

La iniciación de Frugoni

Frisaba su edad con los enardecidos veinte años, cuando publicó "Bajo tu ventana" (1900), poema en silvas, primicial y primerizo, cuyo nombre, más tarde, no incorporó Frugoni a la lista de sus obras en verso, desautorizando la fluencia romántica, elegíaca y amatoria de un canto en que la artificial postura trovadoresca se resuelve en una sucesión de quejas más literarias que vívidas y vividas.

Dos años después (1902), dió a la estampa, con prólogo, como dijimos, de J. E. Rodó, su segundo libro, "De lo más hondo", que, por tácita voluntad del poeta, asumió en la totalidad de su labor, la primogenitura lírica, de ningún modo el mayorazgo, que en arte es el privilegio de las obras maduras, generalmente las que surgen demediada la vida literaria.

.....

"El Eterno Cantar"

En 1907, tras un lustro de germinales silencios, Frugoni reaparece con "El Eterno Cantar", libro que cierra definitivamente la primera etapa de su acontecer literario, la exclusiva sístole sentimental con que compensaba el denuedo de su vida cívica, diástole de amor y de sacrificio que cundía y cunde en una apasionada creación de justicia.

Poesía adulta, la de "El Eterno Cantar", se abre con una composición en que, por vez primera, el aliento apostólico circula — ocasional, sin embargo, todavía — entre el jadeo de las banderas populares.

Pero el poeta íntimo señorea. Y aunque Frugoni, por su modalidad espontánea, no siempre mantiene la tensión creadora, hay ya en este libro poemas de estructura antológica.

.....

"Los Himnos"

Nueve años después, en 1916, Frugoni cumple con "Los Himnos" la asunción lírica de su magisterio social. El verso fluye, poderoso y profético, tributario — muchas veces — por su preclara función apostólica, de la elocuencia en que la poesía desiste.

Cabe, aquí, una interesante comprobación estilística: el lenguaje de "Los Himnos" (la materia verbal, como diría Thierry Maulnier), consecuente con la actitud que

traduce y expresa, se resuelve en formas conceptuales o intuitivas de carácter dinámico dotadas de elementos activos que se deslíen con ímpetu oratorio o se concentran con transparentes músicas en que la poesía se resarce.

Esta poética dinámica, con su versión de imágenes directas y mediatas, literales y alegóricas, está organizada en torno a dos tipos de acción: *la acción natural*, espontánea, que se expande (realizándola) en los estadios primarios de la vida universal y difusa (radiación, perfume, sonido — música, grito, canto — palpitación, marcha, vuelo: destino inclusivo de la luz y los ojos; la flor y la carne; el agua, el viento, el fuego, la garganta; la entraña, la hoja, la ola; el pie y la raíz; el ala). En segundo término, *la acción inteligente y voluntaria*, que se expande, con la promoción de la conciencia, en los estadios superiores de la vida: exaltación del heroísmo unánime, vigilia profética de la lucha, mitin de corazones, puños y banderas: destino exclusivo del hombre, de sus manos que crean y aniquilan, de su pecho y su frente en pugna con tenaces fantasmas.

Hemos intentado establecer los límites principales del universo vocal inserto en este libro, cuyos poemas a menudo se aridecen porque la elocuencia es un sucedáneo, no una manera de la poesía; la poesía, además, no puede abstraer, generalizar o definir; el concepto es la sombra lógica de la intuición: su epitafio.

El conocimiento poético es intuitivo. Se abalanza a la imagen, a la experiencia viva, como halcón amoroso que aprehende para salvar.

Pero obsérvese que Frugoni, de cuya orfeónica naturaleza poética no en vano hemos hablado, se singulariza, aun en la poesía civil de “Los Himnos”, por un efusivo y sorprendente poder de evocación que — según sea la materia que obtenga predominio: intuición de tiempo o de espacio — remanece con la primera principalmente en vena elegíaca y, con la segunda, en aptitud plástica y descriptiva: geórgica, primero, y urbana, además, años después.

La nota elegíaca — que data en él de su Génesis poética — y la nota geórgica — que ya advertimos en “El Eterno Cantar” — reaparecen enlazadas o independientes en “Los Himnos”; y, a menudo, yuxtapuestas con el tema civil, que regalan y justifican muchas veces.

“Poemas Montevideanos”

En 1923, tras un período de silencio que duró siete años, Frugoni dió a la publicidad sus “Poemas Montevideanos”, libro en que culmina su personalidad creadora, destinada a renovarse todavía, con obras ulteriores, en un aire de indeficiente plenitud.

El poeta militante de “Los Himnos” no desaparece; pero, por felicísima substitución, cede el primer plano al artista intuitivo, al que ve, dentro y fuera, al que organiza la totalidad poemática con substancias legítimas, no obstante el nivel menor de algunos cantos.

Es, ahora, el poeta de la urbe, de su Montevideo natal, cuya dinámica imagen hunde un ala en la historia y otra en el porvenir. En el mágico centro de su flúida zona existencial, el poeta evoca: la realidad de ayer y la realidad del inquieto presente.

Y su efusivo poder de evocación, cuyas principales manifestaciones dispares indicábamos (la virtud descriptiva y plástica, por un lado, y la vena elegíaca, por otro: aquélla, sobre todo, espacial; ésta, temporal, sobre todo), irradia en unidad indisoluble, si con aparente predominio de lo plástico, con secreta e irrestañable vigencia de lo sentimental.

Poesía de sensaciones y de sentimientos en la que sentimientos y sensaciones son el símbolo, estéticamente irreprochable, de la intención profética o social — que obtiene de ese modo su adecuada jerarquía en el poema — se difunde y condensa en composiciones que poseerán un día, por adjetiva pero no superflua agregación, valor de estampas históricas enriquecidas simultáneamente con el testimonio afectivo del ciudadano y del poeta.

Su Montevideo no es solamente el nuestro. Es el de su infancia y el de su mocedad, un Montevideo que late con apacible ritmo de siesta solariega. Es también, el Montevideo tumultoso y despierto que coincide con la iniciada madurez de Frugoni; un Montevideo anfibio, entre urbe y aldea, que un día se le empina en la voz y ordena el canto.

No hay poesía sin amor. Y sólo hay amor superior al instinto cuando hay conciencia de lo que, amando, se de-

fiende y ampara. Lo cotidiano, a pesar del “hélas!” con que lo amortajaba Laforgue, alcanza categoría poética por obra del tiempo que decreta su tránsito. Y aunque ese tránsito aun no haya ocurrido, el poeta enfrenta lo cotidiano, trémulo, porque tiene la certidumbre de su fugacidad irremediable. “La poesía es palabra en el tiempo”, dice Antonio Machado en su *Juan de Mairena*. La poesía del presente no siempre descubre, cuando nace, su integridad emocional; pero — observemos — recatada en un principio, esa integridad de la emoción emerge luego con desenvuelta latitud. Los cantos montevideanos de Frugoni, sin embargo de su materia cotidiana, o en virtud de ella misma, adquieren — cada día — por su autenticidad humana y poética, emoción nueva.

“Bichitos de Luz”

En 1925, Frugoni torna a sorprender con otro avatar de su voz: en “Bichitos de Luz”. Este delicioso libro (de poesía menor — con frecuencia altísima poesía — por su naturaleza elíptica y la brevedad lapidaria de sus composiciones) es uno de los más bellos y acaso el de más permanente rigor expresivo entre todos los suyos.

El canto inicial —que da humilde título al volumen— no obstante su carácter directamente metafórico, anticipa y sugiere con recatado simbolismo la trémula y concisa entidad de los sucesivos poemas, *bichitos de luz* (co-

cuyos, luciérnagas) en ingenuo aquelarre: "Parecís tan sólo vuelo y resplandor. — Nadie ve que acaso brilláis con dolor".

En la estructura de las composiciones — que tienen el movimiento desembarazado y corto del cantar andaluz o del *hai-kai* japonés o de los "Proverbios y cantares" de Antonio Machado — sólo el movimiento, repetimos — hay una poética implícita: la del relámpago verbal (latido de una imagen, ondulación de un sentimiento, papiro-tazo de un sueño, exhalación de una idea).

Hallamos, en "Bichitos de luz", con interrupciones momentáneas, impresiones regionales o autóctonas (en las cuatro primeras partes), aforismos líricos (en la quinta parte) y cantares (en las dos últimas).

"La Epopeya de la Ciudad"

En 1927 vió la luz "La Epopeya de la Ciudad", secuencia expansiva y mediata de los "Poemas Montevideanos". Hay un paralelismo consciente y expreso, entre ambas obras. Pero Frugoni no se repite, ni siquiera al insistir con los mismos temas o cantarlos de nuevo. Montevideo es, también, el protagonista. Pero tiene otra alma: ahora, sin olvido de su pasado lejano o próximo, cuya sugestión melancólica perdura y reaparece, es la urbe moderna y cosmopolita, no la gran aldea de los "Poemas". Es el Montevideo actual, de rumorosa piel y esqueleto ciclópeo

(piedra, hierro, cemento); el Montevideo motorizado y adulto en su atlética expansión edilicia; el que se extiende, a nivel, absorbiendo horizontes campesinos; el que crece vertical, para merecer su corona de nubes. Por eso, la poesía de Frugoni ahora adquiere, sin empaque y por sus valores representativos, la proceridad de la epopeya; cobra carácter cíclico: se disciplina en cantos homogéneos; amplía el enfoque prístino con gran sencillez verbal en la que un premeditado prosaísmo contrabalancea, a veces, con morosa fluencia, la arrebatadora dispersión del espíritu contemporáneo; y, consecuente con su nuevo y más riguroso módulo estético, aleja el objeto, sin renunciar a él, para verlo, si no con tanta precisión, con mayor amplitud en la perspectiva mágica del poema.

Para la nueva urbe, una poesía nueva.

Montevideo y su poeta, como diría Rodó: "cambian sin descaracterizarse". Tal ha sido en rigor la consigna a que sujetó Frugoni — sin proponérselo — el devenir orfeónico — repetimos — de su mundo vocal, pluralidad simultánea modificada en pluralidades sucesivas.

Esta poesía, menos íntima que la de "Poemas Montevideanos", se acredita con hercúlea prosapia: Whitman, Verhaeren, Romain, cuyo árbol genealógico tiene raíces dinámicas y follaje de vértigo. "Par unanimisme, decía Romain — sin duda el menor y el más "voluntario" — entendez simplement l'expression de la vie... unanime: collective. Nous éprouvons un sentiment religieux devant le monde qui nous entoure et nous dépasse".

Este parentesco no entraña, en Frugoni, dependencia

ni inflexible postura escolástica. Y la disolución de la individualidad en lo colectivo, no es incondicional, ni deliberada ni constante.

Entre "El Canto de la multitud" y "El Canto del saludo y del destino", alfa y omega del volumen, difunde Montevideo su incoercible imagen. En aquél, es la ciudad aparente en su viva expresión demográfica: ubicua multitud indivisible, segunda conciencia del poeta que la integra y la elude para contemplarla; en el poema final, es la ciudad aparente en su móvil topografía, la Cosmópolis (con la historia de pie entre sus murallas remotas) que desde el Plata adelanta hacia el agro su renovada cosecha trasmarina.

Y entre esos cantos extremos, se suceden y alternan — por lo común en versos de ritmo voluble y rima discrecional, regularidad discontinua que no es, precisamente, la continua irregularidad del verso libre — poemas en que obtiene múltiple carta lírica la ciudadanía espiritual y física de Montevideo.

.....

"La Canción Humana"

Transcurren nueve años: el mayor interregno que haya mediado entre dos libros de Frugoni: enéada de ejemplar acción cívica. En 1933, la dictadura — que sólo persiguiendo puede honrar — le deparó el destierro como un arduo laurel. Y en 1936, dos años después de su retorno

impuesto por la explícita voluntad de su pueblo, publicó "La Canción Humana", el más representativo y polifónico de sus libros.

Aquel poder evocador, a que nos referíamos (y que es la poesía misma, como entraña, expresión y conciencia cósmica), se manifiesta (dentro de la obra de Frugoni, según dijimos) en dos corrientes principales, que ahora se reiteran con más ancho y vario aliento.

Desde el canto social (himno o elegía) en que el poeta torna a ser el aedo, el intérprete del alma colectiva, unimismada en la heroica mancomunidad del esfuerzo fecundo, humilde y silencioso; hasta el canto íntimo en que la confianza se demuda; desde la composición que se adensa con áulicas luces, hasta aquella que se aligera con el delgado resplandor o la desnudez resplandeciente del tono popular; desde el poema urbano (en que la ciudad es ahora la indeterminada cosmópolis moderna) hasta el poema geórgico, que tiene la escenografía precisa de la naturaleza vernácula), acontece, una y múltiple, "La Canción Humana", con luenga belleza y cortos desfallecimientos.

.....

"La Elegía Unánime"

Y ahora, en la primavera de 1942, Frugoni concluye su noveno libro de poemas: "La Elegía Unánime". Cuarenta y dos años han corrido, pues, desde su iniciación.

¿Qué aptitudes dejó, voluntaria o involuntariamente, en el umbral —que sólo la memoria repasa— de los días vividos? ¿Cuáles vinieron a sustituirlas? ¿Qué inflexiones hoy asume su voz, historiada de sueños y agonías, fatal como su sangre, pero, por inversa ley que resplandece sobre el destino del creador auténtico, cada día más joven? No para responder a estas preguntas, sino para propiciar la respuesta, desbordamos los límites del prólogo consuetudinario, intentando mostrar en su integridad la figura del poeta.

Ya asistimos al proceso generativo de su poesía, íntima en un comienzo, luego social sin abdicación de sus esencias personales. Ahora, en este libro, se cumple la más dramática y viva concordancia del poeta y del aedo: del que da cuerpo delicado y melódico a su propia conciencia y del intérprete amoroso y profético de la conciencia colectiva, pero en la hora formidable de la prueba: cuando el hombre no se acuesta a morir; cuando muere de pie, cuando habla el idioma ardiente del martirio con lengua de fuego que le quema los labios y le enceniza las palabras. Hora de la elegía por lo que se pierde. El himno volverá. Hay que fundar con sangre el nuevo día, para restituir el cielo a la sonrisa de los niños, para que la muerte pertenezca al hombre y no el hombre a la muerte. Hora de la elegía que reivindica el derecho del corazón a tutelar sus muertos y a padecer por ellos: nunca a desesperar ni a eludir el combate.

“La Elegía Unánime”, pues. El título es hermoso y exacto. Porque al dolor de todos, en que participa apasio-

nadamente el poeta, se suma el dolor de otras pérdidas que la esperanza no puede disimular. Dijimos que la poesía de Frugoni es temblor y mensaje: completemos, con este libro ante los ojos: temblor confidencial y mensaje profético frente a la muerte unánime. Porque es la misma muerte la que atierra sus puntuales y sigilosos halcones sobre la compañera en que sobrevivía su juventud y sonreía la prisa del tiempo; la misma muerte, aún, la que desata su demencia homicida, su pánico oleaje irresistible: en la guerra con que se excita su horrible sensualidad sin sentidos.

No hay, entre las de Frugoni, obra de más pungentes valores confesionales. Consta de cuatro partes: la primera da título al conjunto. En el limen, con versos lapidarios y ondulantes a la vez en su magistral simplicidad, el poeta nos adelanta su saludo: “...éste es mi corazón deshecho en cantos”... Y pensamos, recordando versos de Antonio Machado: ¿Se puede juzgar un corazón?

Porque ésta es poesía vivida, sin trucos ni voluptuosidades, dramática y desgarrada: el músculo asoma y el hueso blanquea.

Si hubiera que escoger una divisa epónima, un símbolo central para cada poeta, ninguna imagen representaría, como la de un camino, la militancia carminal y humana de Emilio Frugoni.

“La Elegía Unánime” llega a su término con esa imagen. ¿Por' devenir fortuito?

Camino irreversible del retorno: las energías del viajero lo llevan y dilatan: si más pesado a medida que se recorre, más glorioso a medida que se vence. Y con cruceros arbolados y rumorosos donde aguarda el amor que no sabe morir y en su diverso oficio de laureles, al's délicas a la orilla del éxtasis, previene una guirnalda y otra guirnalda: la del libertador y la del poeta. Para la misma frente.

(Estos fragmentos corresponden a la “Introducción” de “La Elegía Unánime”, Editorial Losada S. A., Buenos Aires, 1942).



INDICE

Biografía de Emilio Frugoni	9
Guía bibliográfica	21
Estampa	25
Introducción	29
Torres de marfil	41
En pie	46
Un poema para nuestro drama	47
El canto del destierro	49
Oda al hombre vulgar	53
Monólogo de un pescador de caña	59
El canto de los desocupados	63
Crisis	67
La lección del desierto	73
A la plebe gaucha	81
El rancho	87
Oda a una ciudad invicta	91
Nueva oda antigua a la libertad	93

JUICIOS SOBRE LA POESÍA DE EMILIO FRUGONI

De José Enrique Rodó	101
De Rafael Barret	109
De Federico de Onís	111
De Roberto Ibáñez	113